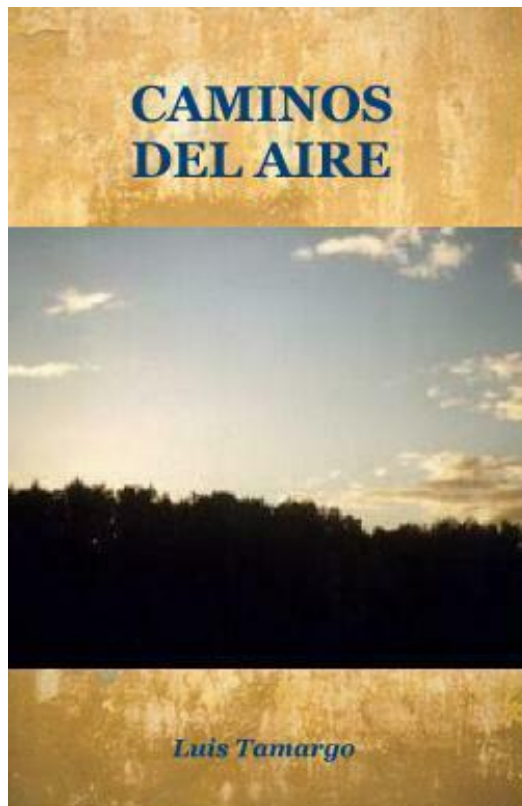


NOVELA

CAMINOS DEL AIRE



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

lectamargo@gmail.com

Santander, 2013.

Depósito legal.

*A ti,
en tu viaje de vuelta.*

Capítulo I

EN CAMINO

Era el lado amable de su trabajo, contemplar los jirones rosáceos que clareaban entre las nubes cuando, minutos antes, amenazaban oscuridad de tormenta. Desde luego que no disfrutaría de aquel panorama si se hubiera quedado envuelto entre las sábanas; había que buscarle consuelo a las obligaciones. Llevaba haciéndolo los últimos diez años y así continuaba, a pesar de los oscuros nubarrones que amenazaban un futuro de tempestades. Ese era el lado áspero, la otra contrapartida: la empresa farmacéutica en la que trabajaba no era más que una mínima rama de su empresa matriz, una multinacional eólica que ahora proyectaba prescindir de las filiales que entorpecían su marcha, enlentecida aún más por las sanciones económicas que les había supuesto la comercialización ilegal de los alimentos transgénicos.

El vehículo atravesaba un bosque de molinos de viento, en hileras perfectamente alineadas al borde de la carretera; las gigantescas aspas denigraban el paisaje, empequeñeciéndolo, casi lo convertían en irreal.

-...Al final tenía razón el loco aquel: son gigantes y no molinos –pensaba Eliseo al volante, mientras perdía de vista la silueta fantasmagórica de las enormes hélices giratorias que transformaban el viento en energía-. Sí, gigantes, monstruos de verdad.

Al alcanzar la cima del puerto de montaña el paisaje agreste, llano y seco hasta entonces, cambió. Serpenteó monte abajo, entre curvas, hasta acceder a la carretera general, sin apenas tráfico a esas horas. Abandonó la autovía por la siguiente rotonda y enfiló pendiente abajo, solitario, entre prados y bosques de un verde encendido. Le gustaba en especial aquel tramo en concreto; durante unos instantes no se divisaba casa ni población y el paisaje lo invadía todo. Le rondaba desde hacía tiempo la misma sensación al recorrer aquel paraje, algún día se animaría a llevarlo a la práctica y escribirlo. Sí, un bosque protagonista de una historia, pues aquellos árboles estaban vivos de verdad. Ese era el mejor de todos los

lados, el que él se procuraba, atisbos de lucidez para lo que más le gustaba hacer: escribir.

Desde la carretera comarcal divisó el letrero luminoso de color verde de la farmacia; giró a la izquierda y aparcó en un lateral del consultorio rural. Dos hombres, apostados a la entrada, aguardaban al médico que aún no había llegado.

Entró en la sala de espera al tiempo que una pareja de mujeres; en el interior media docena de personas aguardaba la llegada del médico. Eliseo posó el maletín de trabajo junto a la puerta de la consulta y dio los buenos días en voz alta, aunque nadie contestó; estaba acostumbrado. Era el otro lado de su profesión, el más ingrato. Los pacientes nunca entendían, pero él sí, tenía que entender que no aceptasen de buen grado su aparición, que suponía una intromisión en el tiempo en que habían sido citados. Pero le desagradaba que sólo él tuviese que entender y soportar, al fin y al cabo aquella situación obedecía a unas pautas regladas desde las autoridades sanitarias para regular su trabajo, de manera que pudiese desempeñar su labor de informador sanitario sin entorpecer la rutina de la consulta. También él tenía que acudir a un centro de salud y después a otro y tampoco se trataba de tener que disculparse y explicar su modo de vida a los demás. Aquellos contratiempos o muestras de falta de tacto o de educación las tenía asumidas como inevitables gajes del oficio.

La chica que estaba sentada frente a él, precisamente la más joven de toda la sala, se mostró inquieta y no tardó en delatarse con un gesto amenazante de su dedo índice sobre el reloj...

-¡Sin colarse!

Eliseo hubiera preferido un “buenos días”, más proclive a la conversación desenfadada, pero el desafío se había planteado sin piedad, no le permitía escapatoria alguna.

-Aquí no se cuela nadie –replicó Eliseo, serio.

-¿...No?

-No, yo vengo con hora, igual que usted.

-Ya, ya, muy importante –la joven atacaba y mostraba su natural carácter batallador-, que tenemos que ir a trabajar.

-Pues eso, a respetar al que trabaja –Eliseo se lanzó, por más que intentó contenerse-, que no he venido a discutir con usted.

A la chica le pilló desprevenida la rápida contestación de Eliseo, se le sofocó el rostro de repente de un excesivo tono colorado; se contentó con recurrir a temas culinarios, mientras intentaba implicar a su acompañante de asiento más cercano, una anciana que escuchaba y callaba. Eliseo salió fuera del consultorio a tomar el aire y ayudar así a que

se descongestionase la atmósfera cargada. Escuchó distante la conversación sobre el tiempo de los dos hombres que esperaban...

-Anoche no ha helado...

-No, despuntó el sur esta mañana –dijo el más mayor.

Cuando el viento sur cesaba siempre traía lluvia.

Le habría gustado intervenir, ya que él era de por allí, pero para las gentes del lugar todos los viajantes venían de fuera y, automáticamente, de forma indiscriminada, se consideraban todos extraños y tratados como tal.

Reconoció el vehículo todoterreno del médico, que se acercaba, y se adentró de nuevo en la sala. Conocía al médico desde la época de estudiante, cuando compartieron aula en la facultad de Medicina y, aparte de su relación profesional, de más de una veintena de años, les unía una buena amistad, a la que contribuía una común inquietud literaria. Solían reunirse cada lunes en “El Diluvio”, una cafetería céntrica de la ciudad, para celebrar una tertulia donde profesaban su amistad con las letras.

Rafael Urueña, médico sustituto de Atención Primaria, saludó al entrar y las voces de los presentes en la sala correspondieron al unísono. Reconoció a Eliseo al instante, pero le hizo un gesto discreto para que esperase un momento. Cerró la puerta de la consulta tras de sí, mientras encendía el ordenador y se vestía la bata blanca; al poco se asomó para hacer entrar al primer paciente, uno de los hombres que aguardaba sentado en un extremo de la sala, a quien le costó trabajo despegar la barbilla apoyada en la cachava. Fue después, al salir el anciano, cuando invitó, con un movimiento de su brazo, a Eliseo, para que pasara.

Se estrecharon la mano con cortesía, guardando la corrección, pero con natural cordialidad. El doctor Urueña facilitó la tarea, ahorrándose la formalidad del protocolo. No era la ocasión para tratar una vez más los productos que Eliseo trabajaba, pero sin dejarlos a un lado, promovió la conversación distendida:

-Tengo a varios pacientes con ese fármaco tuyo y no hay queja, Eliseo, va bien, te lo estoy utilizando mucho. No vas a tardar en notar que la venta crece.

-Mejor, porque así podré invitarte la próxima ronda –bromeó Eliseo con confianza.

-A propósito, pásate esta tarde por la tertulia, hace tiempo que no te vemos, ¿vas a ir?

-Tengo mucho lío de trabajo, pero trataré de hacer todo lo posible, Rafa.

El médico le pidió una muestra del producto nuevo y le despidió con un guiño cómplice seguido de una palmada suave en la espalda.

-No te preocupes que no me olvido de nada de lo tuyo –le aseguró.

-De acuerdo, doctor, ¡hasta la tarde entonces!

Al salir, Eliseo se despidió en voz alta dirigiéndose a la sala, aunque nadie respondió. Pudo escuchar la voz del médico nombrando al siguiente paciente; de reojo, observó cómo otro de los hombres que aguardaba fuera tiró la colilla del cigarro y acudió solícito a la llamada. Siguió su ruta preestablecida de trabajo y, al final, se le complicó la jornada dentro del hospital, tuvo que comer un menú del día rápido y llegó a casa lo justo para cambiarse de zapatos y calcetines y dirigirse a la cafetería del centro, donde encontraría a su grupo de tertulianos y amigos. No había visto en todo el día a Inma, su mujer, desde que a primera hora de la mañana marchó a trabajar; coincidía con la opinión de ella en que aquello no era vida, pero más tarde tendría oportunidad de contrastar impresiones con calma, ahora le quedaba cumplir la palabra que había dado a Rafa de acudir a la cita.

Capítulo II

LUNES DE TERTULIA

La tertulia de los lunes no casaba con la rutina, era todo menos un pretexto para reunirse entre amigos y compartir aquella inquietud literaria en común que les unía, además de un café o unas copas. Para Eliseo, desde luego, era algo más, le confería un marcado carácter terapéutico, a la vez que le servía de confesionario, donde exculpar sus monstruos personales, representaba una vía de escape de la que regresaba fortalecido, repuesto de savia nueva, enriquecido incluso; necesitaba ahora esa medicina. Llevaba varias semanas sin acudir a la cita y ya iba siendo hora de dedicarse un regalo. A pesar de las prisas llegó a la cafetería con la tertulia empezada, cuando Domingo iniciaba el relato de lo que parecía su última peripecia. Se sentó a la mesa en silencio, con un saludo mudo de cabeza, para no interrumpir el ambiente de atención con el que todos escuchaban. Domingo también era viajante, como él, pero vendía libros, por lo que el escenario que relataba no le resultaba del todo ajeno, ni siquiera la carga de connotaciones literarias que significaba. Domingo le dirigió un guiño amigable, al reconocerle, mientras continuaba la narración de lo acontecido...

Era una mañana fría de un lunes cualquiera cuando el ruido estrepitoso de una verja rompió el silencio que inundaba la calle peatonal. La mujer abrió en ese momento el local de trabajo, una pequeña tienda de prensa, tras la que se adentró; Domingo llevaba deambulando desde hacía rato en busca de un lugar donde le fotocopiaran el trabajo literario que quería enviar a un certamen nacional, antes de que finalizara el mes presente.

-...Necesito esto por triplicado, ¿podría ser? -le preguntó a la chica, después de dar los buenos días, mostrando el fajo de cien hojas.

Ella asintió y se aprestó a poner en marcha la máquina fotocopidora. Comenzaban a aparecer los primeros clientes que compraban periódicos, alguna revista o tabaco. También algunos se acercaban para fotocopiar algún documento. La chica, de vez en cuando, interrumpía la fotocopia de su trabajo para aligerar la carga de clientes y que no se le amontonaran

en el diminuto espacio del local. Al cabo de un rato, una vez comprobó el proceso de las copias, se dirigió a él con cierto malestar:

-Ya me ocurrió la semana pasada también, la fotocopidora no anda bien y se traga las hojas de dos en dos –le mostró el error en algunas de sus copias, incompletas, incluso torcidas, pero continuó adelante con el trabajo.

Domingo empezó a tomar conciencia de que aquella tarea tal vez se complicase más de lo debido y se ofreció a ayudar en previsión de males mayores. Cuando le mostró el primer bloque de cien copias se encargó de ordenarlo, una a una, dejando asomar el borde de las que estaban defectuosas para, al final, cuando todo el trabajo estuviera completo, ir las arreglando una por una; así se lo manifestó a la dependienta, sin duda era el primer interesado. Mientras tanto ella continuó fotocopiando el resto.

En un momento de gran ajetreo entró una señora con su hija, que también necesitaban hacer fotocopias; eran sólo diez hojas y pusieron gesto de tener prisa para presionar a la dependienta, que no dejaba de mirarle de reojo, sin atreverse del todo a interrumpir su trabajo. Al final optó por interrumpirlo de nuevo, más preocupada en no perder otro cliente, por pequeño que fuese. Al reanudar las copias sus disculpas no contribuían más que a provocar el efecto contrario.

-...Pues a ellas les han salido todas las copias bien, a la primera. Te tocó, mala suerte...

Fue entonces cuando Domingo se asustó, comenzó a alarmarse de verdad. Llevaba allí demasiado tiempo y, cuando la muchacha se llevó las manos a la cabeza, la sospecha se había ya transformado en preocupación.

-...Pero, ¿qué pasa?

-¡Ahora sí que la he armado! –exclamó la mujer, con todas las hojas esparcidas sobre el mostrador, sin orden ni concierto, entre periódicos y revistas, en un caos total- No sé lo que he hecho, vaya lío...

Entonces Domingo tomó la decisión de poner fin a aquella situación; llevaba una hora dentro del local y apenas tenía treinta hojas seguidas copiadas correctamente.

-Verás, también tengo mi trabajo que atender, no puedo estar aquí toda la mañana –le explicó mientras recogía y guardaba en su carpeta los originales del trabajo-. Lo mejor va a ser que lo dejemos, ya lo siento.

La mujer parecía escuchar, en silencio, pero de repente agarró la manga de su chaqueta americana y le zarandó con brusquedad, mientras acercaba su rostro al suyo y le increpaba...

-¿No te irás a marchar sin pagar, eh, sinvergüenza?

A Domingo se le heló el gesto; aunque, estupefacto, respondió pausado, intentando mantener el control ante tan desagradable actitud.

-Mira, que sea la última vez que me tocas, ¿oíste? No se te ocurra ponerme la mano encima –replicó a la mujer, sin perder la compostura... ¿Pagarte? ¿qué quieres que te pague, qué me has hecho de lo que te he pedido?

La mujer se interpuso ante la puerta de salida, desafiante.

-De aquí no sales sin pagar.

-¿Pero acaso me llevo algo? –arguyó Domingo, intentando hacerla razonar- Si no me dejas salir llamaré a la policía.

-Pues llámala.

La situación le violentaba y, nervioso, Domingo marcó en su teléfono móvil el primer número de policía del que se acordaba en ese momento. Después de requerir su presencia y explicar el motivo, la policía le aseguró que vendría en unos minutos, como así sucedió. Se trataba de una patrulla de la Policía Nacional; un agente se dirigió a él y el otro a la dependienta del local, mientras les tomaban los datos. El agente le indicó el modo correcto de proceder, dado que ellos nada podían hacer al respecto:

-En estos casos debe denunciarlo en la Oficina de Consumidores.

Domingo marchó de allí, con el beneplácito de los agentes, pero molesto, porque la mañana se le había escapado de las manos, su trabajo se había retrasado y no había conseguido aprovechar el tiempo ni fotocopiar la obra que tenía que enviar al certamen, sino todo lo contrario, la situación había derivado en un completo despropósito. Aunque llegó tarde a la cita con su cliente, atendió el trabajo con diligencia e intentó darlo por zanjado lo antes posible; aquello no le gustaba nada y decidió prevenir, acercarse a la Oficina de Consumidores donde interponer una denuncia...

-...Del todo surrealista –repuso Fermín, un traumatólogo jubilado, amigo de letras y compañero de mesa en la tertulia literaria de los lunes, tras escuchar lo expuesto.

-Bueno, pues ahí no acaba el asunto –prosiguió Domingo, relatando los hechos al resto de tertulianos-. Al cabo de un mes, otro lunes, recibo en casa una carta de la Inspección de la Oficina de Consumidores. Cuando se personaron en el local de prensa se encontraron con que la dependienta había depositado las fotocopias en los Juzgados y que yo estaba citado para un juicio por faltas, en el que he sido denunciado por estafa, también en lunes, por cierto.

-¡Surrealista! –afirmaba ahora Secundino, al que todos conocían por Cundi, un guardia civil retirado, que flirteaba maneras poéticas y asiduo tertuliano de los lunes literarios.

-...¿Y en qué quedó el asunto? –preguntó Rafael, el más joven, médico además de marinero, piloto y fotógrafo en ratos libres, quien siempre llevaba la voz cantante a la hora de moderar debates enconados.

-¿Qué pasó? ¿De verdad creéis que tiene importancia el veredicto de este absurdo? –la indignación de Domingo se encendía por momentos- Si tengo o no que pagar es lo de menos, ¿no os parece bastante vergonzoso ya?...

-...¡Inverosímil! –apostilló Fermín, rotundo, abriendo todavía más sus ojos saltones.

-Pues te lo han puesto en bandeja –Rafael enseguida encontró el lado positivo-, yo lo titularía “La estafa” o “El crimen de la fotocopista”.

-...O “Siete lunes” –se animó también Cundi.

-Es más, propongo un nuevo tema para el siguiente primer lunes de mes –Rafael disfrutaba de la sugerencia-, que cada uno traiga preparado un relato referente al tema de la estafa.

-Trato hecho, los leeremos y criticaremos aquí, como otros lunes, ¿no os parece? –concretó Eliseo, que hasta entonces había permanecido callado, pero atento a la insólita confesión.

-Conmigo no contéis, estoy harto de este sin sentido –les replicó Domingo, un tanto molesto por el modo en que minimizaban su malestar.

-Deberías tomarte una tila –Fermín mediaba sin éxito-, no todos los días uno encuentra una buena historia...

-Mejor dicho: fue la propia historia la que le salió al paso... –rió Cundi, mientras los demás le siguieron con la ocurrencia.

-No, no quiero saber de más premios, ni de más tazas de tila para los nervios, no es eso...

-Yo que tú no le daría más vueltas –Rafael trataba de consolar su desasosiego.

-Sí, tómatelo con calma, pasa la página y olvídalo –terció Eliseo, en tono amistoso-. Es lo mejor que puedes hacer, créeme.

Sin embargo Domingo había tenido bastante por ese día; después del juicio, tras la tensa espera de los últimos meses, quedaba aún por llegar la sentencia definitiva, de la que no era descartable una sanción. Así que, resuelto a borrar del todo la desagradable sensación de tan prolongado silencio, Domingo se incorporó del asiento, dispuesto a poner fin a la tertulia de aquella tarde y abandonar la cafetería.

-...Hasta el lunes que viene –se despidió. Sólo deseaba marcharse, llegar a casa y descansar, que pasara el tiempo lo más rápido posible.

La partida precipitada de Domingo sirvió de detonante para que el resto de contertulios, tras intercambiarse miradas que trataban de conciliar extrañeza y comprensión, también acabaran por despedirse hasta la próxima reunión.

Eliseo le disculpó, también sabía algo de ese tipo de sinsabores, pero se atuvo fiel al reto planteado por sus colegas y se felicitó por el efecto benefactor de aquella tertulia; ansiaba el momento de enfrentarse al papel para abordar el tema que había propuesto la exposición de Domingo.

Aquella noche, no obstante, Eliseo no logró conciliar el sueño ni la tranquilidad de otra manera que escribiendo. Con el bolígrafo en la mano se dispuso a estrenar la primera hoja; no le tembló el pulso. Imaginaba las caras de los compañeros en la tertulia del lunes próximo. Las primeras frases se sucedieron con acierto, a la primera, victoriosas:

...Las verjas de los comercios abrieron con ruidoso estrépito sus oscuras fauces, al acecho, ávidas por devorar a las primeras víctimas que se adentraran en la gélida mañana de aquel maldito lunes...

Sin embargo las ganas de mostrar su escrito tuvieron que esperar turno; el gerente le llamó la misma mañana del siguiente lunes, anunciándole que se presentaba de improviso para acometer la conclusión de un informe de trabajo pendiente.

Capítulo III

FALSA REUNIÓN

Respondió correcto a la insistente premura del gerente, aunque hacía rato que ya se había percatado de que sus preguntas no eran sino una especie de bombardeo premeditado y que, a pesar de sus respuestas, no hacían sino dar rodeos sobre el mismo tema ya tratado. Eliseo estaba cansado, desde primera hora de la mañana había estado trabajando duro, haciendo frente a los compromisos que tenía citados con clientes, improrrogables, a pesar de la visita repentina de su inmediato superior, que se presentó de improviso el mismo día. Habían comido juntos, de manera un tanto frugal para hacer frente cuanto antes a las materias de trabajo pendientes y, a continuación, se dirigieron a la habitación del hotel donde el gerente se hospedaba y tenía programada la reunión sólo para ellos dos. Llevó el portátil y los informes que, a petición suya, conformaban el eje del trabajo en esa tarde. Ya habían transcurrido más de tres horas y seguían dando vueltas en torno al mismo punto; a pesar de su buena voluntad, no conseguía que el gerente diese por zanjada la situación y volvía sin descanso sobre lo mismo. El tono de la conversación subía y, aunque él trataba de mantener el hilo conductor del diálogo dentro de los cauces normales, la dificultad crecía porque la determinación del gerente se mostraba inflexible, casi obsesionada por martillar lo que parecía debía de convertirse a la fuerza en un problema.

-Yo no quiero problemas, no trabajo para eso. Insisto que soy responsable de ese producto desde hace apenas un año y que llevo otros seis productos cuando mis compañeros sólo trabajan dos cada uno... –se excusaba Eliseo de forma lógica.

-¡Ya estamos con la disculpa histórica! –farfulló el gerente, sin dar tregua al embrollo.

-Es la verdad, ese producto nunca fue bien, ni siquiera antes de pasar a mi responsabilidad. ¿De qué datos se dispone anteriores a trabajarlo yo?

-¡Eso no me importa!

-Pues a mí sí, porque demostrarían la realidad de lo que estoy diciendo.

El gerente atacó sobre otro tema, estaba claro que aquello era otra maniobra de acoso sistemático. Sin resolver una circunstancia adversa se

afrontaban otras y, al final, el acúmulo de obstáculos era tan grande que, aunque no existiera problema alguno acababa por aparecer.

Esta vez el gerente se centró en el informe de evaluación que se realizaba cada año. Era el segundo que hacían, el propósito era que sirviera para que jefe y delegados sintonizaran y llegaran a acuerdos en un ambiente dialogante de trabajo en equipo. Sin embargo, el modo de abordarlo distaba mucho de tal intención, pues el gerente estaba rellenando las casillas de cada apartado sin preguntar al delegado. En voz alta leía lo que iba transcribiendo al informe:

-...¿Conoce a los clientes?... Insuficiente... ¿Conocimientos técnicos de la competencia? Insuficiente... O mejor: deficiente...

Estaban los dos solos en la habitación, sentados a la mesa; el gerente cogía el bolígrafo de Eliseo, que no salía de su pasmo cuando, delante de él, llenaba de improvisadas equis la hoja del informe...

-...Eso que pones, ¿es lo que tú piensas?... -preguntó Eliseo en un dificultoso tono conciliador, pero sin perder la compostura.

-¡Pues claro!

-Pues no estoy de acuerdo, no me parece correcto.

-¡Me importa tres carajos!

-No lo voy a firmar, puedes poner lo que te dé la gana... -Eliseo contestaba firme, con la tranquilidad de quien tiene la verdad de su parte.

Otra vez la reunión alcanzó un punto álgido de combustión. Parecía que cuánto más optaba por suavizar los ofensivos detalles del gerente más se alejaba de su objetivo. El gerente iba consiguiendo pequeños logros; ceder la tensión iba tornándose ya casi imposible, así que volvió sobre otro punto escabroso, aunque repetido con impertinente insistencia.

-¡Ese producto es sólo tuyo y no me vale la disculpa histórica! ¿Hablas a los clientes de la marca?

Eliseo distinguía la intención de aquel tipo de preguntas diseñadas de acuerdo a un patrón previo cuyo objetivo se adivinaba provocador. Se esforzó de nuevo por mantener las formas, intentando mediar...

-Por favor, estoy cansado. Llevo cuatro horas dando vueltas sobre lo mismo y mi respuesta no va a cambiar la situación, ¿qué quieres que te diga?... Después de doce años en esto, ¿crees que no hablo a los clientes de las marcas? Si esto va a convertirse en un problema es mejor dejarlo. No podemos lograr todos los objetivos porque seríamos unas máquinas, llevo un año con ese producto y ambos sabemos que es poco tiempo, además todo el esfuerzo se lo ha llevado el lanzamiento del nuevo producto y las tareas de copromoción. Puedo decirte que lo voy a

intentar, si quieres mañana seguimos y, así por hoy, solucionamos el tema...

Aunque los argumentos en pro del diálogo esquivaban todos los obstáculos interpuestos, no bastaban para aquel gerente empeñado en llevar la situación a un terreno beligerante. Ante lo inútil de sus ataques, el gerente dio señales de desesperación, comenzaba a inquietarle aquella situación en exceso prolongada, sobre todo, comprobar que no avanzaba, que aquel delegado con sus dotes de negociación nunca se rebelaría físicamente contra él; no, con la palabra y argumentos no podría derrotarle, había que cambiar de táctica. Se puso en pie y se acercó a la puerta del aseo, mientras simulaba que hablaba por el teléfono móvil; luego pasó a la acción, había agotado ya todas las posibilidades, no quedaba otro remedio que recurrir al acoso físico y ahora estaba dispuesto a infringirlo. Eliseo permanecía sentado, a la espera de vislumbrar cómo acabaría aquella inusual situación; nunca antes le había ocurrido nada parecido en su andadura laboral, en donde normalmente sus palabras transmitían un sentido de equidad que evitaban no sólo males mayores sino incluso pensar en ellos. Pero aquello era nuevo, un gerente que se le echaba encima, su rostro se acercaba a él, amenazante, tal vez buscando la provocación que sacara su lado salvaje o agresivo para así ponérselo más fácil, pero nada. Aquello era lo que enervaba al gerente, que no le atacaba, que no tenía pruebas ni motivos para echarle en cara; carecía de excusas para acabar con él como se había propuesto, así que no quedaba otra salida que inventarlas y mentir. El delegado comenzó a percibir el peligro, sí, aquello ya era otra cosa, estaban ahí por causas de trabajo, ni podía imaginar que todo derivase en algo agresivo o insostenible. Eran personas civilizadas, adultas, donde las palabras se utilizaban en pro de la comunicación y para entenderse o, en el peor de los casos, para callar. Pero aquella situación ya estaba desbordada, había estado tratando durante toda la tarde de que no se le fuera de las manos, pero la obsesión del gerente quedaba patente, ni quería ni le interesaba la paz. Sólo quedaba por descubrir en qué derivarían todas aquellas circunstancias sacadas de su sitio... Entonces sintió la amenaza, la presión del gerente se había tornado en física; con juramentos y movimientos acechantes, rápidos y cercanos, se aproximaba a él, lo intimidaba. Eliseo sintió por primera vez peligrar su integridad, una señal de alarma se encendió en su interior, aquella situación no era normal y podría ocurrir cualquier percance... No sabía por qué lo hizo, tal vez un efecto instintivo de defensa o tal vez presintiendo el desenlace inminente del peligro físico,

pero levantó el dedo índice levemente, en señal de advertencia, tratando de musitar algo que no llegó a pronunciar...

El gerente por fin halló algo que le serviría, no podía perder más tiempo, se incorporó de su asedio y, firme, le espetó en tono despótico: -...¡A mí no me amenaza ni dios! ¡Coge tus cosas y sal de la reunión! -dijo señalando la salida.

Acto seguido le acompañó hasta la puerta, atravesaron juntos el pasillo y montó con Eliseo en el ascensor para descender hasta la planta baja; tan encendido estaba por la situación que no vio a Josu Carranzo, el otro compañero que estaba sentado enfrente, esperando su turno para la reunión y siguió, escaleras abajo, hacia los servicios de la cafetería.

Al pasar frente al compañero, Eliseo trató de ponerle sobre aviso con un breve comentario...

-¡No sé qué le ocurre! ¡Está loco, me ha echado de la habitación!...

Luego salió a la calle, bordeó un gran charco y agradeció no haber traído el coche; le vendría bien andar hasta la estación de trenes para recapacitar sobre lo sucedido. De regreso, ya sentado en el asiento del vagón, que le dejaría a la puerta de casa, su mente no cesaba de dar vueltas. Algo le decía que aquello era muy grave, que no podía traer consecuencias buenas. Sabía el tipo de acusación que su gerente podía esgrimir contra él, le parecía inverosímil que aquello pudiera suceder, que le acusaran de utilizar la violencia, sobre todo a él, para quien las palabras y la capacidad de diálogo sobran con mucho cualquier informe de evaluación. No le cabía duda ya de que todo aquello formaba parte de una estrategia. La fusión se había realizado dos años antes, pero, ahora se dejaban notar las medidas tomadas. El interrogante ahora consistía en conocer si existía un precio o, si acaso, no se arredrarían a la hora de eliminar cualquier obstáculo...

Capítulo IV

EN EL BORDE

Pasó otra página y continuó escribiendo, regular, premeditado, aprovechando la marea de palabras e ideas que, en ese preciso instante, parecían avenirse a entablar acuerdos, pactos de trazo invisible que, a media voz, le susurraban al oído el acontecer de una historia que podían ser muchas, pero que, sobre todo, no era otra sino la suya propia. Tampoco era la primera vez que lo hacía así, escribir desnudo; de alguna manera consideraba que había que despojarse de lo superfluo y, en aquel momento, necesitaba desnudarse, liberarse no sólo en sentido figurado sino real, convertir aquel hecho en algo auténtico. Sin disfrazar ni falsear siguió ágil el camino abierto entre renglones, adivinado entre la espesura de frases, sorteando baches de tachones y obstáculos, de números cifrados y flechas que subrayaban círculos, al tiempo que dibujaban trayectos vírgenes en un universo inventado, ficticio, aunque tan verdadero y real como las bocinas estridentes de los coches que lograban atravesar el grueso del doble acristalamiento que protegía el silencio de la habitación; tan real como el portazo seco que, al otro lado de las paredes vecinas, delataba una corriente de aire, ignorada o despreocupada, evitable, pero consentida. Tan real que le permitía adentrarse por veredas ignotas, de horizonte remoto, donde la preocupación por el ritmo de los pasos obligaba a contener la respiración y, a la vuelta de cada recodo, la diosa sorpresa deparaba regalos de tinta con emociones nuevas. Eliseo se sumergió entre bocanadas de probables sendas, esperanzado, guiado por la mano maestra de las letras en un intento aventurero de trazar el perfil de un sentimiento, una desazón, el mapa intrínseco de una sensación que dejaba así de permanecer ajena, sin misterio.

Hacía apenas una hora larga que había descendido del tren, de regreso del trabajo. Tan sólo unos minutos antes sus pasos siguieron el camino que paseaba al borde mismo del río; tan estrecho que cualquiera diría que seguían juntos la misma dirección. Un poco más adelante una curva del río separaba su curso y el camino se bifurcaba para entrar en la población. Al viejo puente de madera lo sustituía hoy otro de cemento y metal, más resistente a las crecidas de las aguas que, con esporádica

regularidad, inundaban sus márgenes. Minutos antes su mundo era otro y, de repente, se hallaba inmerso en este, que tampoco le era desconocido, al contrario, tan familiar que tenía la impresión de haber sido rescatado a un tiempo velado, que le pertenecía, pero que por algún oscuro designio quedó condenado a un injusto olvido.

Él creció a la sombra de aquellos chopos y abedules y, ese tramo en especial, era su preferido. Bajo la frondosidad llorona de los sauces aún jugueteaba su niñez; allí estrenó también sus primeros escarceos amorosos, cuando no refugiaba su soledad en el placer de la pesca o en la solitaria compañía de un libro. Ahora, sin embargo, era el mismo lugar al que acudía cada fin de semana con su mujer y el pequeño Andrés en busca de reposo e intimidad.

Este año las fuertes lluvias desbordaron el cauce y el río se adentró en calles y avenidas, inundando los accesos de la ciudad. Por ello evitó coger el vehículo aquella tarde. Regresaba a pie, desde el apeadero, cabizbajo y pesaroso, de la reciente reunión de trabajo que le quitaba el sueño, ansioso por llegar a casa, molesto por la carretera inundada y el amplio rodeo que le obligaba a desviarse. No podía apartar de su mente las palabras que momentos antes acababa de cruzar con el gerente y que amenazaban su paz con una secuela de imprevisibles consecuencias. Recordarlo resultaba desagradable, casi una tortura, pero cuando se sentó a escribir buscaba pistas, un indicio al que agarrarse, que le sirviera de premonición salvadora...

Estrenó una nueva hoja en blanco y prosiguió su fluir limpio de letras, hasta que por fin se impuso el alto, apenas un descanso en el camino que, ni siquiera él mismo conocía cuánto tiempo iba a durar. Alzó la vista al techo, iluminado por la tenue lámpara de la sala; buscaba asideros de palabras que le ayudasen a escalar aquel pozo excavado en la sórdida negrura de la incompreensión. Observó las sombras entre los muebles, la lámpara de pie, el cuadro que presidía la pared, el trazo certero y áspero de los nenúfares que flotaban en el lienzo de Monet; observó el bolígrafo que sostenía entre los dedos y que apoyó en la frente, con gesto inspirador, a la espera de que el mágico ritual invocara a los dioses de las letras y atrajeran el don que hermanaba el orden a la luz, pero la respuesta se resistió. Trató entonces de imaginar más allá, se puso en su piel, en la del ejecutor de la ofensa, concediéndole así al agresor el beneplácito de la categoría humana que había osado despreciar. Pensó que, para él, se trataba de un precio demasiado caro y, por unos instantes, se preguntó tantos porqués, que su atrevida curiosidad acabó por alcanzar el objetivo

y surtió el efecto deseado y, de nuevo, se aprestó a escribir, imbuído por aquella urgente necesidad de no perder el hilo de la historia...

Capítulo V

EL PREMIO

Aparentemente resultaba fácil, sólo había que mentir. Y en verdad que fue relativamente sencillo poner fin y prescindir de las relaciones de aquellas personas que ocupaban puestos de trabajo ahora incómodos para la Compañía, a raíz de la fusión reciente, sin importar ni entrar a considerar lo complicado de las vidas de quienes hasta el día anterior habían sacrificado la suya para salir adelante. El provenía ya de otras guerras similares y, en ese sentido, su experiencia se había enriquecido con el ácido sabor de la inmisericorde ambición y el demoledor poder de las opresoras armas que permitían ejecutar el daño. Sí, no es difícil acorralarle tras casi tres horas de reunión y, una vez arrinconado por el acoso incesante, el propio subordinado es quien implora piadosa clemencia; o bien desata su primitivo instinto agresivo, al salir en pos de la natural defensa de su ser, y arremete en bruscos gestos de violencia incontrolada que pueden utilizarse en su contra. Tal era la estrategia diseñada y ya había tenido ocasión de comprobar que aquella trampa nunca fallaba.

La nueva Compañía se encontró de repente con un excesivo volumen de empleados y, si bien el número de productos y cifras igualmente dobló su economía, tal ingente cantidad de personal avalado por años constantes de trabajo resultaban caros para los propósitos de crecimiento previstos por la nueva Directiva, más partidaria de ahorrar en indemnizaciones aún a fuerza de manipular con provocaciones y amenazas para alcanzar el objetivo perseguido. Tal era su misión en la nueva empresa y en ello iba su trabajo, así que había estudiado despiadadamente el modo y el momento preciso para que su ataque sobre el empleado causase el impacto deseado.

Tampoco resultó difícil después añadir al informe de la reunión que el empleado empuñó el bolígrafo, beligerante, hacia el rostro del Gerente, al tiempo que le propinaba una desaforada colección de insultos. No hubo otro remedio ni reacción más apropiada que obligarlo a abandonar la sala. Luego, a este hecho añadió la falta grave de no asistencia a aquella otra reunión de trabajo de la que ni siquiera hablaron. Fueron suficientes

motivos para abrir un expediente disciplinario y, de este modo, hacer efectiva la sanción que interesaba a la empresa. Se había planificado desde altas esferas y no podía fallar. El empleado, despojado de sus armas más razonables, insatisfecho y desesperanzado, terminaba por sucumbir a la tensión acumulada. Y él era el ejecutor ideal, cumplir su tarea sin escrúpulos le abriría un hueco en la jungla o, tal vez, encumbrarle.

-¡Uno menos! –se dijo y suspiró hondo, nervioso, pues tanta dedicación al desprecio no mantenía por mucho tiempo el alivio esperado. Gracias a estas medidas de limpieza las redes comerciales se reciclaban actualizándose, aunque nada garantizaba el límite a semejante desenfreno y, era sabido, que sin subalternos sobre quien ordenar ni siquiera su propio puesto tenía sentido.

No era que amase su profesión, no. Si a aquello se le podía llamar su trabajo era debido a un continuado sacrificio, ejercido con la plena conciencia de quien persigue el objetivo marcado a toda costa. Ciertamente también padeció sinsabores, sí. Pero siempre tuvo bien presente la máxima, que acertadamente aseveraba cómo el trabajo no es el medio idóneo para hacer dinero. Por eso, ir directamente al grano le supuso algunos desaires y demasiados infortunios y, además, tampoco le había servido para aumentar la economía de sus arcas. Sin embargo, le había cogido gusto al gusanillo de cortar cabezas. Algo tenía aquel puesto por el que tanto peleó que, ahora, por fin arriba, le embriagaba el mero hecho de poder disponer de las vidas profesionales de tantos empleados a su servicio. Fiel a la directriz de la actual empresa, se hallaba como pez en el agua en su tarea de eliminar personal y, hasta la fecha, su metódico y planificado ritual de acoso y derribo moral sólo le había acarreado éxitos. Cada día, repasaba mentalmente la lección, casi hasta convertirla en un rezo:

–...Fría, muy fría, fríamente... –se repetía. Así había logrado al fin abrirse un sitio dentro de la élite que manejaba los hilos de la Compañía.

Esa tarde se encaminaba hacia el hotel, donde tendría lugar la reunión de costumbre, otra de tantas. Nada fuera de lo habitual, matar las primeras horas y cansar al adversario, hasta dar con el pretexto apropiado para desencadenar el posterior ataque de expedientes disciplinarios con los que amedrentar al empleado contra las cuerdas. Luego, tal vez, con algo de suerte, si el trabajador renunciaba y evitaba entrar en terrenos judiciales, podría resultar bastante barato su despido. De ahí la importancia de cuidar todos los detalles de su delicada misión.

Estaba llegando a las inmediaciones del hotel cuando aquella gitanilla le salió al paso con su incómoda insistencia por extraerle la propina. El hombre se negó, primero, a recoger el periódico de tirada callejera que le ofrecía; luego, a dar la limosna. Pero la muchacha no cejaba en intentarlo hasta que, al fin, logró que aquel individuo trajeado le adquiriese al menos el bolígrafo a cambio de unas monedas.

Una vez en el hotel, el gerente dispuso el escenario ya familiar para él. En tantas ocasiones había repetido el ceremonial que cada paso encaminaba al siguiente como fases perfectamente encadenadas. Hoy, sin embargo, quería acabar pronto. Le molestaba particularmente tener que marear a la víctima en los obligados rodeos iniciales. Disfrutaba más después, cuando el desconcierto asomaba en la expresión incrédula del empleado y, abatido, tiene que abandonar la reunión adivinando ya las fatales consecuencias de una jugada irreversible... Sí, se regocijaba especialmente en ese instante premeditado, y la experiencia le demostraba que todos caían en la trampa al mismo tiempo que se daban cuenta de ella.

...Sin embargo, algo no iba bien. Aquel trabajador llevaba veinte años en la empresa, y el efecto buscado con sus tretas estaba cosechando precisamente lo que pretendía. Cuando el empleado se abalanzó, fuera de sus casillas, empuñando el bolígrafo contra el rostro de su acosador, el gerente ya conocía esa sensación sobre la que tanto había teorizado sobre el papel. La conocía y la había sentido de tanto utilizarla como un juego. Nunca imaginó lo que significaba haber encontrado la horma de su zapato.

Aquella tarde, el gerente abandonó la reunión del hotel dentro de una ambulancia. Quizás no perdiese del todo el ojo izquierdo, aunque el pómulo había que reconstruirlo y el tabique nasal quedaría desfigurado... En el transcurso de los meses que duró su larga convalecencia tuvo tiempo para reflexionar y recapacitar sobre lo acontecido. Revisó los métodos, evaluó cada una de sus estrategias... Algo falló, sí, había sido eso, sólo un poco de mala suerte...

Capítulo VI

DESAHOGO

Al llegar a casa Inma supo enseguida que algo había ocurrido; encontró a Eliseo sentado, con el rostro hundido sobre la mesa, escribiendo, como en tantas otras ocasiones, pero ahora estaba desnudo, algo raro pasaba. Eliseo ni se volvió, debía de ser de verdad importante lo que le mantenía tan enfrascado. Así que Inma, primero, llenó el baño para el crío y le dejó jugando en el agua, para después poder indagar el estado real de la situación. Se acercó a su marido desde atrás, envolviéndole con un abrazo lento...

-Ya que no saludas tendré que hacerlo yo... ¿Pasa algo?

Conocía a su marido lo suficiente para saber que aquello bastaba para poner en funcionamiento todo el engranaje encargado de actualizar lo acontecido y así fue. Eliseo le contó con todo lujo de detalle el resultado de la fatídica reunión de aquella tarde, la había estado esperando con ansia para volcar toda la impotencia contenida que aquella emboscada laboral le había supuesto y que amenazaba con alterar el ritmo cotidiano de sus vidas. Pero ahora que tenía a Inma delante prefería no alimentar más aquel monstruo que amenazaba con quitarles la seguridad por la que tanto se habían esforzado en los últimos años; el chiquillo aún era pequeño y no deseaba que nada perturbara la estabilidad construída hasta la fecha.

No era nueva aquella situación, ya antes se había enfrentado a la ardua misión de volver a comenzar de la nada, le sobraban ejemplos, aunque aquella, la más reciente, era la que más le dolía. No escuchó las palabras de Inma que invitaban a una calma artificiosa, más cumplidas que reales, que no encajaban ni con él ni con el momento; ignoró sus frases hechas, aunque vinieran con la mejor de las intenciones. Ella había sido siempre su asidero y, por el mismo motivo, decidió que nada merecía la suficiente consideración para cambiarles. Por ello volvió de nuevo sobre sus escritos, como si nada hubiera más importante, ni siquiera la nueva situación que ahora planteaba su inmediato despido.

Levantó un breve instante la mirada del papel antes de entregarse con ahínco a la tarea, por placer, nadie le obligaba, tan sólo recordar la rueda de la historia, pescar al vuelo el instante a partir del cual izarse de

nuevo hacia adelante. Era su terapia, aunque en ese momento él no actuaba como si lo supiera sino que, de manera inconsciente, lo buscaba. Se retrotrajo a los años en que anduvo fuera de casa, de su ciudad, cuando no conocía las ataduras de familia, sin bocas ni vidas de las que responsabilizarse. Tampoco entonces todo fue más fácil por esta razón, no, de serlo se debía al desconocimiento, a la valentía que proporcionaba una aún temprana irresponsabilidad. Sin embargo ahora era distinto, se trataba de mantener en equilibrio la libertad conseguida, no era solamente su vida lo que estaba en juego...

De joven llegó a soñar con marchar lejos de la casa paterna, libre del control vigilante, ávido de sensaciones novedosas, pero su padre tuvo una actuación brillante con él, que ayudó a salvar ese escollo de innata rebeldía. Ahora, al recordarlo, podía reconocer que aquella fue una de las primeras veces que partió de cero, pero que apenas representaba el comienzo para aprender a madurar, el primer escalón de una larga andadura. Sin embargo era aquella ocasión la que tenía catalogada en sus recuerdos como el punto de arranque, la primera, en la que su padre tuvo bastante parte de protagonismo; ahora era capaz de comprender que aquello no dejaba de ser, en cierto modo, un ritual de iniciación, el comienzo de un camino. Con trece años su padre le llevó en coche a Pamplona, aprovechando unas vacaciones de verano; aparcaron junto a la estación de autobuses y, desde allí, montaron con sus mochilas y las varas de avellano que hacían las veces de bordón, hasta llegar al próximo Roncesvalles, donde su padre había reservado una habitación con dos camas para pasar su primera noche, cómodos, antes de emprender a pie el Camino Francés, que les conduciría hasta el sagrado lugar de Compostela... Sin prisas, poco a poco, el objetivo consistía en ponerse en camino, en ir completando etapas, cada vez que dispusieran de algunos días seguidos para realizar el trayecto. Lo acabaron muchos años atrás, por supuesto, pero su padre sembró en él la necesidad, el compromiso de encontrar motivos personales para ir realizándolo. Hoy se lo agradecía, en cierto sentido le había servido para aprender que, a costa de pequeños sacrificios, podía lograrse lo que se proponía.

En aquella etapa inicial cubrieron el camino hasta Puente la Reina, a una media de veintitantos kilómetros diarios, que un adolescente Eliseo resistió bien. Casi llegó a entender lo que significaba el cansancio, pero para entonces ya regresaban en otro autobús hacia Pamplona, con la misión cumplida, a recoger el coche que dejaron junto a la estación de autobuses para proseguir el viaje de vuelta a casa. El camino estaba iniciado. La experiencia le sirvió al joven Eliseo para alardear de los sellos

estampados en la credencial de peregrino entre sus compañeros de colegio, del instituto y, más tarde, de la universidad, entre los amigos. Atrás quedó Navarra, luego le siguieron La Rioja, Burgos, León, en etapas pequeñas, cortas, que le adentraron en tierras gallegas, en un caminar tan planificado como improvisado, diseminado, dosificado a lo largo del tiempo. Pero después, repitió la operación por el Camino del Norte, solo esta vez, responsable de su propio itinerario, dueño de sus pasos. Así fue quemando kilómetros por tierras verdes y montañosas, yermas y lisas, atravesando paisajes dispares dentro de un mismo escenario... Hasta ahí habían llegado sus pasos, un año antes de que naciera el pequeño Andrés. Lo quiso intentar de nuevo al año siguiente, pero una lumbalgia inoportuna le obligó a desistir del empeño; después Inma requería su ayuda para hacer frente a las necesidades del chiquillo y lo fue posponiendo. Casi lo había olvidado....

Mientras Inma preparaba la cena, en la cocina, Eliseo continuó escribiendo; todavía no había conseguido relajarse, pero al menos recordar le ocupaba todo el espacio, toda la mente, ni un resquicio siquiera para dejar que el daño surtiera efecto. Inma entró en la habitación, muy a su pesar, pero le llamaban al teléfono. Era su compañero, Josu Carranzo, el pelma de Josu. Tampoco era coincidencia que llamase a su casa -nunca antes lo había hecho- precisamente acto seguido al reciente altercado con el gerente y, en efecto, su sospecha fue cobrando forma a medida que conversaban.

-...La verdad es que me choca bastante en ti -Josu se refería a los comentarios que el propio gerente le había transmitido-, no va acorde con tu carácter...

-Bueno, verás, es una situación muy grave para mí, Josu, sobre todo porque se trata de una mentira. En aquella habitación estábamos solos los dos y no existe testigo alguno que pueda terciar en favor de uno u otro.

Eliseo trataba de explicar del modo más gráfico y natural lo que a todas luces revelaba una trama de aviesas intenciones, cuyas consecuencias no podían ocultarse y que consideraba de un ataque flagrante contra su persona. Josu hizo la reunión con el gerente cuando Eliseo marchó del hotel, a continuación; sin embargo, según las palabras de su propio compañero, apenas duró media hora todo lo que tuvieron que tratar de trabajo. Tampoco a Eliseo le importaba demasiado el criterio con que Josu pudiera evaluar su comportamiento, ya que su compañero no era un dechado de virtudes sino, al contrario, de talante altivo y vil, enarbolaba el estrecho margen de su vocabulario con modos sobrecargados de una

desagradable agresividad; pero le importaba dejar su imagen limpia, en exceso asediada por situaciones extrañas y comprometedoras, en los últimos tiempos. Aunque nunca lo hizo, bien podría haberse jactado de lidiar con un compañero tan incómodo como Josu, imprevisible y peligroso, pero era una de sus muchas habilidades: lograr esquivar o capear las tormentas que provocaba el compañero con quien había de trabajar y, al mismo tiempo, dejar el trabajo bien hecho. Siempre había creído que Josu le respetaba por el mérito de esa maniobra que, de forma indirecta, también velaba por sus intereses, sin generar problemas ni mal ambiente. Pero Eliseo era consciente de que trataba con fuego, la fama peleona de Josu era conocida entre los profesionales del sector y, además, no precisamente bien reputada.

-Insisto en que no me cuadra en ti una conducta así, Eliseo -Josu continuaba sondeándole por teléfono-, pero lo que hayas hecho es tu problema, ¿entiendes? Si amenazaste al jefe o faltaste a esa reunión...

-...¿Qué reunión, Josu? -Eliseo interrumpió a su compañero. Era la primera vez que oía algo referente a una reunión a la que él no hubiera asistido- ¿A qué reunión te refieres...?

La voz que al otro lado del teléfono le respondió no parecía tener nada que ver con el compañero ni con la conversación que habían mantenido hasta ese momento. Josu le increpaba en voz alta, con un tono exagerado de amenaza:

-¡A mí no me insultes!, ¿oíste, Eliseo? No te consiento que me amenaces ni me grites -Eliseo escuchaba perplejo la transmutación que, al otro lado de aquel espacio invisible, había sufrido su compañero, como si se tratase de otra persona, de otra conversación ajena. Sin embargo, enseguida captó la intención que subyacía en el fondo de aquella traición, de aquella interpretación ensayada y, pausado, reaccionó con una calma controlada:

-...Josu, voy a colgar. Te aviso para que luego no digas que te he cortado - el compañero, sin embargo, proseguía aireando a voz en grito toda una retahíla precipitada de acusaciones infundadas, con su habitual tono de prepotencia, ahora aún más exacerbado.

Eliseo colgó, más preocupado ahora, tras comprobar que su maniobra de controlar al loco de Josu no había dado resultado; sin duda, los problemas iban creciendo en progresión geométrica. Inma le escrutaba el gesto cuando le contó la transfiguración del compañero, la actuación en vivo y en directo de una auténtica mascarada, la representación de una farsa orquestada en toda regla. Nunca sospechó la disparatada magnitud de una escenificación tal, que teatralizar una traición pudiera resultar tan descarada y real, casi dolía de real; sí, dolía.

-No me gusta nada el cariz que toma este asunto.

-Cuidado, Eliseo. Un cómplice... -alertó Inma.

-Sí, maldito traidor.

El teléfono siguió sonando, era Josu que insistía en llamar...

Ambos se miraron:

-No lo cojas -le dijo ella.

Eliseo asintió.

Capítulo VII

EN PLENA TEMPESTAD

Al día siguiente Eliseo salió a trabajar con aparente normalidad, obviando lo justo el incidente de la tarde anterior, aunque consciente de los oscuros vientos que se cernían sobre su horizonte. Regresó a casa al mediodía para comer junto a su mujer; no había hecho nada más que acabar cuando sonó el teléfono. Inma escrutaba los gestos de Eliseo, sin desperdiciar detalle; cuando Eliseo acabó de hablar la mirada de Inma bastaba sola para preguntar...

-Sí, era el gerente. Quiere que esté en el Hotel a las cuatro en punto...

Esa tarde Eliseo tenía organizada una charla de trabajo con un grupo de clientes, a los que había invitado meses atrás; después compartirían una cena que se molestó en reservar en un restaurante privilegiado de la ciudad, a la que asistiría también su gerente.

-Creí que hasta la tarde no tenías la reunión... -sopesó Inma.

-Bueno, ya sabes, a obedecer tocan -disculpó Eliseo, en un intento de prepararse para cualquier tipo de imprevisto-. Me marcho ya, no hay tiempo para mucho.

-Ten cuidado. -Inma le despidió con un beso rápido.

Eliseo aparcó sin dificultad en las inmediaciones del hotel; era pronto aún y paseó por los alrededores, para hacer tiempo, sin alejarse demasiado. De improviso distinguió la figura de su jefe que, cargado con un bolso de viaje de color verde caqui, cruzaba la calle y entraba de forma apresurada en el vestíbulo del hotel en el que habían quedado. Cuando entró al salón no encontró a nadie, así que se acomodó en uno de los sillones y acercó uno de los periódicos locales, que reposaban en una mesita baja. Eran las cuatro pasadas de la tarde cuando apareció su gerente que, con un gesto de cabeza, le instó a que le siguiera hasta los ascensores; subieron a la primera planta y le siguió hasta el interior de una de las salas que reservaban para reuniones. En el pasillo, junto a la entrada, reconoció a uno de sus compañeros conversando con una supervisora jefe de la misma empresa. Tampoco le sorprendió que contestaran a su saludo y aceptaran con naturalidad su presencia. Una vez dentro, sin embargo, la atmósfera de la sala, vacía, sin muebles apenas,

presagiaba una extraña tensión, que enseguida explotó activada por el gesto impositivo del gerente.

-Toma. Parece que algo no te quedó claro en la reunión del otro día - espetó, mientras le tendía una hoja de papel, que Eliseo recogió expectante.

-¿Qué es...?

-Léela y fírmala -contestó tajante el gerente.

Eliseo comprobó al instante que se trataba de una apertura de expediente disciplinario; le acusaba de agresión con violencia y, en calidad de inmediato superior, el castigo imprimido consistía en una suspensión del sueldo equivalente a diez días de trabajo. Eliseo tuvo conciencia, a medida que seguía leyendo, del calibre de la acusación y del castigo y, sobre todo, del cariz que tomaban los acontecimientos.

-Esto tengo que consultarlo con mi asesor -acertó a contestar.

-Si no firmas ahora mismo mando pasar a los testigos -amenazó el gerente.

Eliseo comprendió de inmediato el sentido de la presencia en el pasillo de aquel compañero con la otra gerente.

-Que entren, si lo prefieres, pero hablaré ahora con mi abogado -Eliseo echó mano al teléfono móvil, que extrajo del bolsillo interior de la americana y, sin mayor inconveniente, marcó el número. El jefe, aturdido por la maniobra inesperada, se apresuró a salir de la sala para dejarle hablar a solas.

Eliseo expuso a su abogado la situación en que estaba emboscado y, a instancias de este, le leyó el contenido de la hoja escrita. Cuando finalizó la lectura el abogado le aconsejó que firmara con la palabra “no conforme”, que pusiera la hora junto a la firma y que lo entregara. Al salir de la sala, halló al gerente en corrillo, junto a los otros dos miembros de su empresa; le tendió la hoja firmada y todavía sacó resuello para preguntar:

-¿Algo más...?

-A la noche tenemos una charla y una cena, hasta entonces.

-Allí estaré.

Eliseo salió del hotel en dirección al gabinete de su asesor, tenía asuntos urgentes que resolver; quiso andar deprisa, pero parecía que las piernas no obedecían a su impulso, le dolían los gemelos y sudaba mucho, nervioso, con la extraña sensación de que no podía acelerar el paso más de lo que pretendía. Su preocupación, lejos de atenuarse en presencia del asesor y del abogado, se acentuó cuando, en un intento por calmarle, le explicaron que estos hechos eran bastante habituales; se

trataba de maniobras de las empresas para eliminar a trabajadores sobrantes o no deseados. La fusión lo explicaba todo. No quedaba otra opción sino demandar a la empresa, ya que en caso de acatar el castigo, sería probable que se repitiera la medida con intención de desprenderse del empleado al tiempo que hacerle perder dinero. El asesor le preguntó por las acusaciones y Eliseo negó su veracidad: él no había atacado a su gerente, ni siquiera a punta de bolígrafo, ni tampoco había anulado reuniones de trabajo con clientes que tanto tiempo le habían llevado organizar. Eran dos faltas graves, por lo que, según la ley vigente, con otra falta inventada más, la empresa tendría manos libres para emitir un despido procedente, de manera que el trabajador no tendría derecho a cobrar ni un solo céntimo de los que le correspondían, después de doce años en el puesto. A Eliseo le costaba dar crédito a lo que escuchaba; las tornas habían cambiado de estar dedicado al puro trabajo, hasta el punto de tener que defender los derechos, que ahora pretendían arrebatarse y que se había ganado en cada día transcurrido dentro de aquella compañía. Desde luego, pensó, que las cosas no debían de andar nada bien cuando había que recurrir a estas sucias argucias.

Le preocupaba, por otra parte, hacer frente a la otra cita más inmediata, su cena de trabajo de esa misma noche y la conferencia previa, acompañado del gerente que le había metido en aquel embrollo; no quedaba otro remedio que capear el temporal del mejor de los modos, es decir, aguantar durante toda la velada con el puñal clavado en la espalda, en presencia de los clientes, que le conocían y de los que se había granjeado la confianza en todos estos años de serio trabajo. Se despidió del asesor, que se había puesto de inmediato manos a la obra, preparando la documentación pertinente para la demanda, y se dirigió al domicilio de Rafael Urueña, su médico y amigo. Nada más mostrarle el expediente abierto, Rafa no dudó en ayudarlo para tomar medidas con las que resolver la situación:

-Te lo han puesto muy feo, tienes que defenderte -arguyó el médico-. Pásate mañana por la consulta, necesitas una baja por ansiedad.

Eliseo seguía sin querer creer que aquellas situaciones sucediesen y se provocasen, pero si de verdad eran habituales, a él hasta ese momento le había sonreído una diosa fortuna que ahora acababa de abandonarle. Desde luego las perspectivas de futuro se difuminaban, nada halagüeñas.

La charla y la cena de trabajo se desarrollaron dentro de unos límites normales de corrección. La docena de asistentes, entre ellos el propio gerente de Eliseo, bromearon durante la cena, mientras trataron temas

profesionales con el rigor preciso que requerían, ajenos a la encerrona que a él le tenía atrapado. A Eliseo le hubiera gustado, en aquel momento, exponer en alguna especie de lenguaje o idioma secreto el peligro que se cernía sobre él y avisar, de alguna forma, a sus estimados clientes, del difícil equilibrio de su situación y lo incierto de su futuro a partir de aquel instante. Pero hasta el último minuto hizo acopio de toda la entereza de la que disponía y aguantó el tipo, incluso al despedirse uno a uno de sus clientes; sólo al finalizar la incómoda reunión de trabajo se quedó a solas con el gerente, quien resumió toda la intencionalidad de su maniobra con un simple deseo que a Eliseo le pareció fuera de lugar, pero que aclaraba el estado de guerra declarada...

-...Que pases buen fin de semana.

-Adiós.

Eliseo ni siquiera se molestó en tenderle la mano, no se lo merecía. Casi sin volver la vista, cruzó de acera para dirigirse en busca de su automóvil y regresar a casa. La noche helada le despejó la mente y, con una fría lucidez, que incluso a él mismo le habría sorprendido en otra situación, pensó que, en aquella tierra de nadie a la que le habían empujado, él no disponía del mismo armamento que sus declarados enemigos.

Capítulo VIII

SIN CALMA

Le incomodaba aquella situación generada, aquella batalla sin cuartel en la que él no jugaba con las mismas cartas sino que, en inferioridad de condiciones, sufría el papel que de forma gratuita le habían impuesto, convertido en la víctima propiciatoria de lo que suponía un auténtico crimen. Un profesional de su categoría debería de estar preocupado en cómo rentabilizar y aprovechar el tiempo de su trabajo y no atascado en aquel fraude personal que impedía cualquier desarrollo en positivo.

Inma le vio salir de casa a pie, ni siquiera se molestó en mover el coche esa mañana, una vez que le puso en antecedentes de sus próximos pasos. Fue hasta el Centro de Salud y salió con una baja temporal, tal como su médico amigo le había aconsejado; de esta manera podría salir a la calle cada día, sin necesidad de permanecer recluido en su domicilio a expensas de una inspección médica. Enviaría la copia por correo ordinario, no iba a molestarse en aviso previo alguno, así que aprovechó para pasear cerca del río, hacía mucho tiempo que, a causa del ritmo trepidante que imponía el trabajo, no dedicaba un rato a esos paseos que siempre le vinieron tan bien para inducir al sosiego de la reflexión. Necesitaba saber en qué iba a emplear el tiempo a partir de aquel mismo momento, pues ignoraba cuánto podría quedarse estancado en aquella especie de desierto improductivo y aniquilador para personas como él, necesitadas y acostumbradas a un dinamismo regular.

Se dejó llevar por sus pasos que, de forma inconsciente, le habían guiado hasta el margen del río, hacia su orilla cercana y familiar. Observó los berros crecidos, se arremangó e introdujo el brazo en el agua, levantó una piedra y exploró el fondo: pronto habría truchas. No sería mala idea dedicar alguna tarde a pescar buenos recuerdos mojados de solitaria tranquilidad; sin duda un sabor olvidado, que parecía ahora resurgir ante él.

Cuando abrió la puerta de su casa estaba sonando el teléfono. Eliseo se apresuró a contestar, sin tiempo apenas de reparar en quién se trataba.

Era el gerente que le emplazaba para una cita en su ciudad, a media mañana del día siguiente.

-Estoy de baja -respondió Eliseo, sereno-. Hoy mismo te envié el comprobante por correo.

Fue un breve silencio el que duró al otro lado del teléfono, pero lo suficiente para comprobar que la respuesta inesperada había hecho impacto.

-De baja. Bueno, entonces no hace falta que vengas, claro... -medió de manera improvisada el gerente.

-Entonces adiós -Eliseo pudo permitirse cerrar la conversación, sin esperar otra contestación.

Sin duda su movimiento de ficha era notable, definía la partida o, al menos, ponía al otro contrincante sobre la pista del juego, de que efectivamente se trataba de la misma partida. Eliseo se sintió aliviado en cierto sentido, podía esquivar los futuros ataques agarrado a su tabla de salvación; la baja laboral era su salvavidas. Aunque no tardó en cerciorarse, por si le quedaban dudas, de que el salvavidas no poseía la capacidad de ahuyentar a los tiburones.

A la semana siguiente le llegó por correo un segundo expediente disciplinario. Mientras lo leía, conteniendo el nerviosismo de sus dedos, conjeturaba de qué modo aquello era posible, estando aún de baja por prescripción médica. Leyó las acusaciones, siempre por parejas, una falta grave y otra muy grave, por si acaso, para asegurarse, para cubrir las escapatorias legales; y enseguida comprendió lo de aquella reunión no anunciada ni celebrada a la que su compañero Josu aludió y en la que se delataba. Se trataba de otra de las faltas de las que acusarle: una reunión inexistente a la que nunca fue convocado y a la que, por supuesto, jamás había asistido. Ya no le causaban sorpresa este tipo de sustos, de alguna manera había comenzado a inmunizarse, cuánto más falsas eran las acusaciones más se curaba de espanto. Aquello le confirmaba la implicación del compañero, lo que ya suponía, que Josu no era de fiar. Pero, sobre todo, que nunca lo había sido. Se felicitó por ello, como buen previsor, de no haber bajado nunca antes la guardia.

Le mostró la carta a Inma en cuanto llegó.

-Es una guerra sucia en toda regla.

-Lo que ya sabíamos -sentenció Inma.

-Malditos...

Los días siguientes fueron largos, extensos más que intensos; desbancado de la rutina habitual, a Eliseo le costaba acomodarse a la

nueva situación. Los consejos para relajarse que Inma le trasmitía eran más un alivio teórico, aunque necesario, que un hecho capaz de llevarse a efecto en la realidad. Sólo quedaba esperar el día del juicio, tramitada ya la demanda a la empresa. Desde la baja por enfermedad le resultaba más cómodo la tensa espera; habría estado perdido de otra forma. Sin embargo aquellas largas semanas, casi dos meses y medio de espera, sirvieron para redescubrir antiguos placeres arrinconados en pro de obligaciones, que ahora habían dejado de ocupar su lugar de prioritaria importancia y que no requerían de su dedicación. Algunas tardes Inma y él salían a pasear, juntos, bordeaban la orilla del río, como en otros tiempos, cuando el pequeño Andrés aún no había nacido y tenían todo el tiempo para dedicarse; ahora recuperaban el sabor de los momentos compartidos. El pequeño fue precisamente uno de los beneficiarios directos, se convirtió en el centro de las atenciones de su padre. Sí, la paternidad le había cambiado, Eliseo lo reconocía, sin importarle, le satisfacía descubrir el gesto de regocijo que iluminaba la faz de Inma, mientras les contemplaba jugar, padre e hijo, tirados ambos en el suelo del pasillo, llenando de gritos y risas la casa...

Capítulo IX

CASI UN PARAÍSO

Aquel día lo mantenía vivo en el recuerdo como si fuera hoy... Se estaba arreglando de prisa y, desde el baño, contestó en voz alta. Inma había salido de cuentas hacía dos días y, en teoría, podía dar a luz en cualquier momento. Por eso se apresuraba, intentaba calmarla, la aseguraba que no tardaría, la preguntaba lo que hacía falta y si necesitaba algo... Un antojo, tal vez, quién sabe; quería ser amable. Había pedido esa semana de permiso precisamente para ellos dos. No pretendía ausentarse, ni tardar demasiado, tan sólo repetir en aquella breve vacación ese paseo matinal que daba cada sábado. Hacía ya más de un año que se habían trasladado a esa urbanización del interior, en Villajunco, a orillas del río al que debía su nombre la población, pero próxima a la ciudad, a cinco minutos de Santander, según rezó la publicidad en su día, aunque resultaba algo de verdad imposible en hora punta. Sin embargo no podía contener el repentino instinto desatado de acercarse a las calles del casco viejo, en pleno núcleo urbano, que le reclamaban con una llamada ancestral y le despertaban una imperiosa necesidad de pasear entre los empedrados donde nació, de recorrer el laberinto de travesías, callejas y callejuelas que conocía de memoria. Le resultaba curioso que ahora hiciera acto de presencia esta urgente necesidad de contactar con su raíz; antes, cuando vivía al abrigo del amparo de la ciudad, apenas lo apreciaba. Se sonreía al achacar la posible culpa a la paternidad; o a los años, también.

-Ahora vuelvo, cariño.

El apeadero de la estación estaba justo enfrente de la entrada a su casa; era una ventaja, sí, cada cuarto de hora, o casi, paraba un tren con destino a la ciudad. Pero tuvo suerte, nada más llegar apareció uno que le dejó en el corazón de la ciudad en un santiamén. Había poca gente aún, era pronto. Era sábado.

En cuanto salió de la estación le golpeó el aroma del mar. Era lo que le gustaba de su ciudad, cuando el asfalto olía a salitre. Eran los pequeños placeres de vivir a pie de costa, ya no podría vivir sin la cercanía y la

sencillez de estos auténticos lujos. A esa hora las calles flotaban dentro de un sueño de bruma y piedra, todavía descansaban de la fiesta nocturna que las emborrachó de acordes desafinados, hartas de bailar al desatinado son de una madrugada fría y cansada. Eran las mismas calles que la noche anterior descendían en ríos iluminados hacia el puerto. Ahora tan sólo quedaba un rastro de vidrios desperdigados y orines anónimos que los encargados de la limpieza se esmeraban por eliminar.

La bahía resplandecía, dibujaba brillos tenues en las olas quietas, mientras un buque de carga hacía sonar la sirena, listo para zarpar. Al otro lado, un halo de niebla muda envolvía el horizonte de campos y casas que se desperezaban ante las primeras claridades del día. Las gaviotas eran las únicas, con sus cantos roncros, que parecían atreverse a desafiar el silencio. Al poco, el ruido del motor de un camión se animaba a dar el pistoletazo de salida y, puestos de acuerdo, los primeros automóviles ensordecían la alameda. Encaminó los pasos al muelle, hacia el final del espolón; cruzó los oxidados raíles del antiguo tranvía y respiró hondo, por un instante, dejó que su memoria se recreara en el pasado. Él había conocido los trolebuses, aún quedaba la huella de sus cables abandonados en alguna calle olvidada. Si quisiera, podría echar a andar y, a diez minutos o menos, se toparía con las playas de La Magdalena o El Sardinero, más grandes ahora, sin gente a estas horas, pero no podía entretenerse, no quería dejar sola a su mujer, así, en su estado. Se detuvo en Puerto Chico a escuchar el sonido de los obenques de los balandros, que entonaban una canción familiar; se prometió regresar cuando el pequeño hubiera nacido y se alejó silbando, hacia el interior, en señal de respetuoso ritual.

Algún dios había descornado la cortina que separaba el umbral de los mundos y, de pronto, se vio inmerso en la vorágine de una realidad que tampoco le resultaba ajena; aunque lo lamentaba estaba acostumbrado. El centro se había transformado en un hervidero de gentes, de vehículos y tenderetes en bullicioso ajeteo. Desde el mercado de La Esperanza las calles se alargaban, rebosantes de cuerpos y cabezas que, en estrecho contacto, se mecían por una marea humana que hermanaba unas calles a otras, ganando la batalla del espacio al tráfico rodante, que acababa por desistir del intento de atravesarla. El gentío fluía a media mañana por las travesías adyacentes, que se nutrían de pasos y voces, fieles a la cita; comprar, gastar, reponer, aprovisionarse o simplemente deleitarse en fisgar. En los macizos bancos de madera los ancianos descansaban entregados al consuelo solitario de sentirse acompañados, aunque fuera tan sólo por la caricia leve del movimiento circundante que, a su

alrededor, parecía decirles que no estaban solos. Ruidos, bocinas, los gritos de las gitanas que anunciaban sus artículos, los niños que corrían, saltaban, se peleaban. Una pareja de la policía pedía la documentación a un motorista barbudo que llevaba una botella en la mano. Al pasar junto a ellos no pudo evitar escuchar la conversación; el tono era extranjero, arrastraba las erres como lo hacían los habitantes de los países del este. En otro banco se arremolinaba un grupo de hombres negros, solidarios en el tono de la piel, en la actitud distante hacia el resto de transeúntes. Se adentró en el mercado, dejándose llevar por la atmósfera festiva de los puestos donde los nativos sudamericanos exponían sus artesanías; la música de las flautas andinas se mezclaba con las gaitas, rabeles y arpas celtas del folclore autóctono.

-Tierra de todos -pensó Eliseo-, mezcla de gentes, un resumen del paraíso...

Por fin alcanzó la otra acera, salió por el gran arco que desembocaba en la Plaza Porticada; al fondo una estatua ecuestre daba la espalda, convertida en nido de palomas aburridas. Aquí los coches maniobran lentos por el único carril, estrecho, en busca de un aparcamiento imposible. Los peatones se lanzaban al asfalto sin miedo, simulando una consideración que no practicaban. Un grupo de excursionistas ingleses le dio el alto, chapurreaban saludos en desuso en un castellano de manual para turistas; señalaron una catedral que no encontraban en el mapa extendido. Y él corrigió la inclinación, les orientó con un gesto preciso de su brazo: la siguiente bocacalle conducía al Paseo de Pereda, que llevaba el nombre del insigne escritor montañés y, en frente, la imagen de la Virgen de La Asunción precedía las escalinatas que accedían a una catedral románica, pero moderna. Todo allí era moderno, reciente, a partir del incendio, desde que la explosión del buque Machichaco, anclado frente al paseo marítimo, redujo a cenizas las casas del núcleo central de Santander. Una ciudad nueva, obligada a la fuerza, emergió de las cenizas de aquella tragedia. Despidió a los ingleses, que se deshacían en agradecimientos, y continuó en dirección a Cañadío, el Río de la Pila, la Plaza Pombo; las cafeterías asomaban sus terrazas al muelle. Ya podía distinguirse la estela de las lanchas pedreñeras que surcaban la bahía, hacia la vecina Pedreña, a Somo, a la ría de Cubas o a Cabo Mayor. El sol brillaba, se ocultaba; de repente, se tiñó de un gris triste, azulado. Sin previo aviso, se estancó el aire en un viento sur que preludiaba lluvia. Así era Santander.

Observó el cielo y miró el reloj. Se le acababa el tiempo; no quería marchar sin pasar por la tienda de la señora Chelo, hojear la prensa y

llevarse un pan de torta casero, cita obligada. Era un local estrecho, de techos amplios, donde colgaban ristras de ajos y cebollas rojas, con solera. Las hileras de quesadas y de sobaos típicos adornaban los estantes; junto a la miel, los quesos de oveja. Un olor a madera de roble y a orujo impregnaba el ambiente, que invitaba a la charla distendida; le saludaron, saludó, le conocían. Hoy, sin embargo, los clientes permanecían pendientes del televisor, que parecían mostrar las imágenes de un atentado reciente; Eliseo no había reparado antes en ellas, trató de escuchar y terminó por preguntar...

-¡Hoy, esta misma mañana, en el metro de Madrid! –le respondió, Chelo-
¿No te has enterado?

Sus propias palabras tratando de explicar que había madrugado y que había pasado la mañana ajeno al mundo, entregado a un paseo tranquilo le sonaron superfluas frente a la magnitud de lo ocurrido; ahora seguía las noticias sin perder el hilo: en la estación madrileña de Atocha habían explotado algunas mochilas con bombas en su interior, causando cientos de víctimas, gente que iba al trabajo o a realizar sus estudios o quehaceres cotidianos. La confusión y el horror asomaban entre los amasijos de hierros retorcidos en que quedaron convertidos aquellos vagones. La sospecha del atentado se dirigía, en un principio, hacia la banda etarra, pero los terroristas independentistas vascos no lo habían reivindicado; se barajaba un elemento nuevo, la posible autoría del islamismo radical.

Las macabras escenas del metro en Madrid se alternaban con las imágenes de los aviones que, secuestrados por un grupo de terroristas islamistas, se habían estrellado seis meses antes contra las torres gemelas de Manhattan, en Nueva York, en claro desafío al mundo. Todos los noticieros se hacían eco del acontecimiento, se indagaba, se buscaban claves, respuestas, información. Un debate político se abría apenas a un día de la celebración de las elecciones nacionales, dependiendo de quien fuese el causante de aquel horror; a Eliseo no le cuadraba aquella lógica, que gobernasen los conservadores si lo hizo el terrorismo nacionalista o que el triunfo electoral se lo llevaran los progresistas si fue obra del terrorismo internacional. No quería participar de una diatriba semejante, que comerciaba con vidas humanas; le preocupó la gravedad del desastre, así como las consecuencias que se derivarían del mismo.

Y, de pronto, le entró prisa, no podía estarse mucho, en cualquier momento podía nacer el niño, quería estar presente, junto a ella; se explicaba con movimientos nerviosos, pero le comprendieron.

-¡Enhorabuena! –le despidió la señora Chelo.

Al salir, una creciente muchedumbre que inundaba la calle le impidió el paso; excesiva, pensó. Las sirenas intermitentes de los furgones policiales levantaron sospechas y la gente hablaba, se preguntaba, atendió a un sexto sentido, hasta que el murmullo cobró forma. No se podía pasar, estaba prohibido; alguien mencionó la palabra manifestación y un surco de inquietud mudó los rostros. No podía perder más tiempo, pero estaba de enhorabuena, la suerte le salió al encuentro y paró al primer taxi que encontró:

-...A Villajunco, por favor.

Nada más entrar por la puerta de casa halló a Inma que estaba esperándole, ya vestida para la ocasión, con el bolso colgado del brazo:

-He roto aguas...

Entonces sí, llegó el momento. Subieron al coche; el hospital quedaba a escasos cinco minutos. Mientras conducía, la radio daba las últimas noticias del atentado terrorista: hablaban de más de un centenar de muertos en los vagones del metro madrileño, una auténtica masacre de inocentes perpetrada por terroristas islamistas, según ellos mismos habían confirmado a los medios británicos. Se trataba de una represalia por la participación protagonista del gobierno español, aliado con los norteamericanos e ingleses, en la guerra contra Irán. Todavía permanecían frescas en la retina las otras imágenes del escalofriante atentado, el año anterior, contra las torres gemelas neoyorquinas, desmoronándose en medio del grandioso escenario de los rascacielos, mientras los cuerpos caían al vacío o quedaban sepultados en un apocalipsis de terror y cenizas. La analogía del mensaje no se dejaba ignorar, con toda su carga de venganza, de amenaza y guerra declarada...

Eliseo miraba a Inma, preocupado:

-¿Te encuentras bien?

Ella tardó en contestar, se mordía el labio inferior...

-Creo que ya viene.

Entraron al hospital por urgencias; ella le sostenía la mano desde la camilla, pero la supervisora de enfermería notó el nerviosismo del padre primerizo, no le dejó pasar al paritorio. En la sala de espera siguió el curso de los acontecimientos a través de la pantalla que colgaba de la pared: el concurrido centro de la capital madrileña aparecía convertido en un caos y el paisaje de la estación de metro quedaba transformado en un depósito de escombros y de cadáveres. Las imágenes mostraban la destrucción, sólo bomberos, policías, personal de seguridad que se abría paso entre nubes de polvo... Eliseo contemplaba el espectáculo dantesco absorto en su propia reflexión: el tiempo pasaba, la vida seguía y la

historia quedaba, la mayor de las veces, para ser ignorada, desconocida. Una sensación de injusticia le invadía, cuando al fondo del pasillo se abrieron las puertas y apareció una enfermera que venía hacia él; en sus brazos traía un niño recién nacido, amoratado, pero precioso, que no cesaba de llorar:

-¡Bienvenido al paraíso, hijo!

Capítulo X

TIEMPO DE LECTURA

La lectura fue otro de los placeres que Eliseo disfrutó con avidez, entregado ahora al reto de llenar el vacío de un tiempo muerto en la compañía de una considerable lista de libros, que parecía agrandarse a pasos agigantados y que siempre había pospuesto leer, pero a los que ahora dedicaba la atención requerida. Pero sobre todo, escribir. Eliseo concentraba su rabia y su dolor en escribir, tal vez para prevenir su desarrollo y progresión, tal vez para hallar un camino alternativo en aquella sorda y muda batalla, o tal vez en ambos casos.

Siempre había escrito, ni siquiera él mismo era capaz de concretar desde cuándo, pero sus recuerdos se remontaban a los primeros años de la infancia. Entonces ya sentía una inclinación natural hacia la escritura; disfrutaba escribiendo y también leía, siempre leyó mucho. A los once años tenía escrita su primera novela, basada en las películas de vaqueros del oeste, los temas que entonces predominaban en los medios de aquellos tiempos, sin tanta capacidad de elección como en los actuales. En sus primeras lecturas descubrió los senderos de la aventura en exóticas islas del tesoro, junto a robinsones que hacían volar su imaginación hacia mundos lejanos, pero no por ello menos verídicos; a los trece años quedó finalista de un certamen de redacción regional promovido por una prestigiosa marca comercial. Sin embargo su padre, que tenía previsto costear sus estudios de Medicina con un sueldo de protésico dental ganado a pulso, ya había decidido su futuro y, no sólo albergaba la esperanza de que avanzara por la senda que él mismo había iniciado en la práctica de un sacrificado oficio, sino que la mejorase convirtiéndose en un especialista de la odontología. Pero Eliseo cumplió a medias: aprobó los dos primeros años de Medicina, mientras aprovechaba los períodos vacacionales para ayudar a su padre, aprendiendo el oficio de protésico dental, a la vez que ocupaba el tiempo, hasta que descubrió en las ventas una manera de ganar dinero sin sujetarse a la esclavitud de los horarios fijos. Cumplidos los veinte años

no resultaba difícil cogerle el gusto al dinero contante y sonante en el bolsillo y a la libertad de disponer aún de tiempo para divertirse. Así se estrenó en el mundo laboral, fue su primer trabajo y significaba la ruptura con los estudios; simplemente quedó enganchado con aquella primera oportunidad de aumentar su capital con una cantidad extra, se dejó llevar por la inercia del momento. Comenzó como comercial de vestuario sanitario y, una vez superado el período temporal, maduro en experiencia, dio el salto a una gran multinacional farmacéutica, que vislumbró en la base de su formación académica y en el carácter espontáneo y sociable del que hacía gala de modo natural, el potencial en bruto de un buen profesional que, por tanto, representaba una apreciable garantía en la consecución de sus fines. Para Eliseo, una vez introducido en el círculo vicioso de la rueda del trabajo, representaba la solución que le permitía poner fin a un largo período de noviazgo que amenazaba con hacerse interminable y, a la vez, la oportunidad de convertir en real la construcción de un hogar junto a Inma, de llevar a la realidad un sueño en común. Puesto en marcha, resultaba imposible dar un paso atrás y se imponía la obligatoriedad de asumir las consecuencias de aquella decisión. Aunque eran los resultados los que regían la permanencia dentro del gremio que había elegido, él siempre prefirió seguir los dictados del trabajo honesto, cuidar las formas sin caer en el error de creer que todo podía valer; consideraba que era la única guía fidedigna para subsistir dentro de las arenas movedizas que suponía el vertiginoso mundo de las ventas. Pero incluso ese lema no era suficiente, ahora le había fallado. Acababa de comprobar en propia carne el caprichoso giro de las tornas; todo valía, la mentira incluso, que se revelaba como la herramienta más útil para reducir los obstáculos a cenizas, para justificar la ausencia de cualquier escrúpulo. Nada quedaba y la artífice era la mentira; por eso en Eliseo resucitó el interés por la palabra justa, para afrontar el reto de combatirla.

Si hasta ese momento le habían acompañado los resultados fue debido a la eficiente labor realizada, escribir entonces le mostraba su cara más amable; la otra cara añadía riesgos diferentes. Pero reconocía su vulnerabilidad; el cuidado en la forma, su amor por la palabra o la fidelidad a una coherencia firme, íntegra, le dejaban en una frágil situación cuando tenía en su contra al cruel monstruo sin escrúpulos. Si entonces escribir dejaba notar los beneficios de su bálsamo liberador, por el contrario, se tornaba peligroso y arriesgado. Pero era su apuesta personal, era lo único que le quedaba; si porque escribía se sentía escritor

ya había tomado partido desde el principio: no iba a dejar de escribir sino, al contrario, asumiría los riesgos de seguir haciéndolo.

Hoy se atrevía a afirmar que sólo mientras escribía era, en realidad, escritor; lo sabía, sentía que era así. No existían estudios ni títulos ni carreras, ni enciclopedias o manuales que enseñaran esto. Fuera cual fuese el gremio que cualquiera eligiera para su profesión siempre sería uno mismo quien aportase entidad a esa profesión elegida: la persona hacía el puesto, no al revés. Y él había flirtado con las palabras, había navegado en su lecho creativo: inventar, soñar, imaginar, no podía dejarse confundir, la ficción y la mentira no estaban hechas de la misma pasta. Eliseo había elegido ese camino, ir por la vida con la mirada del escritor. Siempre había escrito, nunca le había abandonado esa natural inquietud literaria y, entre gráficas y estadísticas de ventas, acogía con satisfacción el momento de ponerse a escribir y trabajar sobre un texto o una historia que le había rondado durante semanas o meses. Dar con la clave de un argumento que se resistió siempre era un éxito que enseguida estimulaba a seguir escribiendo, incluso a levantarse a altas horas de la madrugada porque al fin apareció el verso perdido, el hilo argumental que esperaba o el nuevo giro que dar al relato para sorprender al lector y, también, a sí mismo. El escritor era el primer sorprendido. En ocasiones tal satisfacción mostraba su lado más áspero, cuando implicaba doble o triple esfuerzo, más trabajo añadido a las tareas que priorizaban a la hora de ganar el sustento. Pero aunque pudiera costar entender lo que aquello tenía de diversión, a él escribir le servía de consuelo, de aprendizaje y forma de conocimiento, hasta el punto de que formaba parte de su manera de vivir, el modo de vida que había elegido y adoptado para enfocar su propia vivencia desde otro ángulo, más personal y propio, creativo y enriquecedor, artístico y, por tanto, auténtico.

Capítulo XI

UN JUICIO LIMPIO

La mañana del juicio amaneció nublada, de un gris apagado, muy típica de los inviernos en Santander, aunque no exenta del atractivo de ver por fin cumplida una etapa, tal vez demasiado prolongada para Eliseo, que había añorado su llegada con un ansia obsesiva en los dos últimos meses. -Llegó la hora de la verdad... -se dijo cuando salió de casa.

Acudió puntual a la cita, antes incluso del tiempo marcado. Al poco llegó su abogado; intercambiaron un saludo inicial para luego hacer un repaso esquemático a los puntos importantes que presumiblemente utilizaría la otra parte para atacar, así como las respuestas apropiadas para la defensa. En aparente teoría todo estaba en orden. Cinco minutos antes se unió a ellos Claudio Valles, antiguo compañero en la misma zona de trabajo de Eliseo que, ahora Presidente del Comité de Empresa, se había ofrecido a testificar a su favor y había sido aceptado.

Cuando se cumplió la hora una voz en tono elevado le llamó por su nombre. Eliseo entró a la sala al tiempo que se identificaba como la parte demandante. La misma voz sonó con sordidez en el eco vacío del pasillo reclamando la presencia de la parte demandada, pero no obtuvo respuesta. Nadie se personó y, tras un prudente margen de espera, el juez instó a comenzar el juicio. Se leyó la demanda, las acusaciones por las que la empresa de Eliseo, en boca del gerente, sancionaba al trabajador y las reclamaciones que este argumentaba contra lo que consideraba un injusticia sobre su persona y un falso pretexto para despedirle sin obligación de liquidar sus derechos consolidados en el puesto de trabajo durante más de doce años. Eliseo escuchó pausado, aunque tenso, y contestó afirmativamente cuando se le preguntó su ratificación sobre lo demandado. Fue entonces el turno del testigo que presentaba. El compañero Claudio Valles, ahora en concepto de Presidente del Comité que representaba a su parte de la empresa, confirmó las maniobras escabrosas de la propia empresa, la parte compradora, para eliminar a los empleados con más de diez años continuados en el puesto, tal y como habían venido haciéndolo con otros trabajadores en diferentes provincias, aludiendo siempre a motivos de ahorro económico. A instancias del juez, el compañero contestó sobre la integridad moral de

Eliseo como profesional y como persona, alejando el fantasma de cualquier posible duda sobre su comportamiento agresivo, siempre intachable. Eliseo permaneció sentado, preparado por si llegaba su turno; no le quedó otra opción que escuchar la viva voz de su compañero, que se deshacía en elogios y virtudes, que habrían bastado a cualquiera para obtener una sobredosis de autoestima, pero que en su caso respondían fielmente a la realidad. Por unos momentos divagó, pensó que incluso perdiendo aquel juicio o aunque le despidiesen, habría merecido la pena llegar hasta allí sólo por el placer de paladear aquellos gestos donde la honestidad hablaba por sí sola y se bastaba a sí misma para defenderse con rotundidad.

El juez atendió a las palabras del compañero del comité y, con un imperativo ademán de su mano, detuvo el derroche de halagos. Luego enarcó las cejas para mirar hacia los banquillos de la sala, donde sólo se encontraba Eliseo.

-¿No hay nadie de la parte demandada...? -preguntó.

El abogado, el compañero y Eliseo cruzaron las miradas y, antes de una posible respuesta, el juez volvió a hablar; esta vez para firmar sentencia. El expediente de Eliseo quedaba limpio, el juez le redimía de la sanción y de las acusaciones vertidas contra su imagen. Sin embargo, a Eliseo era un triunfo que le sabía a poco, sobre todo, porque nada nuevo le desvelaba, él ya sabía que esa era la auténtica verdad y porque despejar ahora la incógnita de que la justicia no se había equivocado significaba conformarse con una migaja en comparación al mal trago padecido. Pero se conformó, su experiencia no estaba ahí, él no se sentaba en un banquillo todos los días; su trabajo era otro, consistía en un quehacer más constructivo, más concentrado y preocupado por evitar las circunstancias capaces de hacerle volver a sentarse frente a un juez.

Se felicitaron a la salida.

-Ya te lo dije -aprovechó para remachar el abogado-. Cuando se trata de una palabra contra otra, sin pruebas de por medio, el juez siempre favorece al trabajador...

-Sí, claro, ahora se ve diferente. Sabía que iban a echarme, que iba a quedarme sin trabajo; el hecho de que además me robasen me dejaba en mala predisposición para coger otra empresa y volver a trabajar. Eso es lo que temía, no trabaja uno para que lo estafen...

El compañero del comité se despidió con prisa, debía acudir a su puesto de trabajo sin pérdida de tiempo. Fue entonces cuando se lo dijo a Eliseo: -Créeme, hoy es uno de los días más felices de mi vida -explicaba Claudio con grandilocuentes gestos de sus brazos-. Me he sentido de verdad

satisfecho mientras te defendía, tenía la sensación de que estaba haciendo algo grande, algo de verdad justo. Me alegro, Eliseo, soy yo quien te lo agradece, me has hecho sentir muy bien...

-Gracias, Claudio, no sabes cuánto te lo agradezco -repitió Eliseo mientras se abrazaban, antes de despedirse-, te lo agradeceré siempre.

De camino al gabinete de su abogado, este le mostró algo de lo que no había querido hablar antes; al menos, hasta una vez celebrado el primer juicio. El día anterior había llegado un tercer expediente disciplinario, una copia idéntica a los dos anteriores: dos faltas, una grave y otra muy grave, en las que se repetían las mismas acusaciones, incluso una de las que en el juicio de esa mañana, al que no habían asistido los acusadores, el juez se había encargado de limpiar. Al abogado se le notaba serio, disgustado y, sin disimular un gesto de enfado, exclamó con rabia:

-Esto roza lo temerario, ahora se van a enterar...

Eliseo le dejó preparando un documento cuando marchó, aún tenía que celebrarse el segundo juicio del segundo expediente y, por si fuera poco, con aquella última misiva se avecinaba aún un tercero. Con tantas emociones acumuladas, necesitaba contárselo a Inma cuanto antes; ella había insistido en que la llamara al finalizar el juicio, pero prefirió hacerlo en persona. Nada más llegar a casa le relató todo lo acontecido. Inma se regocijó con el triunfo y también con la duda del incierto futuro que a Eliseo le perseguía. Inma era así, se alegraba con todo aquello que resultaba favorable a quien amaba; a Eliseo, aquella manera de ser, le desconcertaba, en el fondo, pero no podía dejar de reconocer que también le agradaba sentirse querido.

Al día siguiente le llamó el abogado para hacerle partícipe de las últimas noticias: la victoria del juicio añadida a la eficaz gestión de sus réplicas habían dado resultado y, por fin, las conversaciones con la abogada de la empresa demandada no se habían hecho esperar. Ahora le urgía a la empresa dar por zanjado el asunto que tanto se habían molestado en provocar. El acuerdo estaba pactado, favorable para Eliseo: abandonaría la empresa y se le abonarían los importes que la ley estipulaba en los casos de despido improcedente. A Eliseo le parecía una solución justa; no perdía y, al menos, ya no estaba atado de pies y manos, ni sujeto a esa enervante tensión de la incertidumbre; ahora podría dedicarse en cuerpo y alma a su otro problema que resolver, a encontrar otro trabajo con el que continuar.

-Ni un céntimo más, pero ni uno menos tampoco -resolvió Eliseo.

Inma también respiró aliviada.

Capítulo XII

PÁGINA PASADA

Ante Eliseo se abría ahora un espacio amplio, quizás en exceso, para su gusto, en que abordar el próximo paso resultaba más ilusorio que ilusionado: a la esperanza de una nueva oportunidad le seguía una decepción, en una especie de descarte que, por eliminación, obligaba a resignarse ante cada intento frustrado; se trataba de una mecánica desalentadora, que acababa por hacer mella en la línea de flotación del optimismo con el que afrontar la siguiente ocasión.

A Inma le gustaba leerle en voz alta las ofertas de trabajo que aparecían en la prensa y Eliseo envió varias solicitudes por correo; todas sin éxito. De las pocas citas que logró concertar salía rechazado al no encajar con el perfil perseguido. Eliseo sospechaba que esta excusa fácil servía de comodín para eliminar a candidatos no gratos; sobre todo, notó cómo el elemento económico y la edad influían a la hora de contratar a nuevo personal, por lo que el rechazo adquiría visos de una discriminación tan real como enmascarada. Los entrevistadores tenían la obligación de seleccionar a gente con carrera universitaria y, preferiblemente, sin experiencia; eran más baratos y significaban una inyección de subvenciones para las empresas. Esta era la tónica general. Le costaba creer que el mundo laboral hubiese cambiado tanto mientras él se había dedicado en los últimos años a trabajar y nada más que a trabajar. Parecía que, de pronto, las personas que pasaban de cuarenta años no tenían derecho a ganarse el sustento, lo que, superados los cincuenta, se convertía en una condena; tal vez siempre fue así y él simplemente lo ignoraba, pero esto, en particular, le indignaba. Sin duda existirían compañías serias, que valorasen al trabajador por su experiencia y otras calidades además de las meramente económicas, sólo había que dar con ellas o que ellas se fijasen en alguien de su valía, era una cuestión de suerte. Aunque profesionales de su nivel que, a estas alturas, se encontraran disponibles había pocos; él era un ejemplo excepcional, lo reconocía, sobre todo, porque lo que a él le acababa de suceder tampoco ocurría generalmente o, si acaso, no se le daba ninguna publicidad. De ahí que la impotencia se erigiese como el fantasma que abatir.

La mayoría de las entrevistas no acababa en respuesta; a pesar de que se comprometían en volver a contactar, aun en caso negativo, nunca contestaban. Se enteraba posteriormente, por mediación de algún compañero, que habían elegido a otro. En alguna ocasión fue recomendado por compañeros que, conscientes de su valía profesional, intentaban ayudar o recuperarle, pero la directiva de las compañías que, en el mayor de los casos, seguían unos patrones de selección similares, casi imitados por todas, rehusaban contratar a alguien entrado en los cuarenta como pauta obligada, aunque no existiera justificación razonable al respecto.

Por su parte, Eliseo trataba de no perder el contacto con los antiguos compañeros de trabajo, consciente de que, a las puertas del verano, las oportunidades de encontrar trabajo se reducían; había pasado ya la mitad de un año desastroso y, a juzgar por los resultados constatados, el balance no tenía visos de tornarse en positivo. Algún compañero le mantenía informado de posibles oportunidades; algún otro le advertía lo que de él iban calumniando los que antes formaron parte del mismo equipo, los que se llamaron compañeros por compartir trabajo en las filas de la misma empresa. De antemano sabía que aquello no bastaba ni les convertía en compañeros, ni siquiera en amigos, una palabra que no servía para definirles, que les quedaba demasiado grande, inapropiada. Eran los mismos que ahora se sumaban, de manera gratuita, sin necesidad, a la rapiña de manchar y dañar, en un disparatado intento de equivocarse adrede, de inventar una inexistente mala fama que sustituyera el prestigio erigido a base de seria profesionalidad. Aunque difícil de creer por parte de quienes le conocían y ante el peso que los hechos dejaron tras él y que hablaban por sí solos como la mejor irrefutable de las pruebas, Eliseo descubría el sabor que la injuria escondía tras las puertas cerradas, a sus espaldas.

Si de algo se alegraba ahora era de haber mantenido, a pesar de las vicisitudes, a través de las circunstancias y del tiempo, aquella relación con sus otros amigos, los que amaban las letras sin cuota obligada, sino con voluntad desinteresada. Aquellas personas sí que se correspondían de manera fiel con el molde de la amistad, encajaban mucho mejor que otras en el del compañerismo. Fue en la siguiente visita a la tertulia de El Diluvio cuando Eliseo tuvo oportunidad de contarles las incidencias del juicio.

Domingo le entendía a la perfección, aunque ahora reconocía que la relevancia de su caso quedaba minimizada frente al de Eliseo.

-¿Lo mío? Pues eso, una auténtica estupidez –resumía Domingo, resuelto-. No podía ser de otro modo, pero este tipo de absurdos te hacen dudar. Al final el juez desestimó la acusación de la fotocopista, no tuve que pagar ninguna sanción. No podía catalogarse como fraude por la cantidad del importe económico ni tampoco por el desarrollo de los hechos. Todo quedó como tenía que quedar, es decir, como si nada hubiera pasado. Pero me hizo pasar un mal trago.

-Es increíble –respondió Eliseo-, pero me alegro. Algo sé de esos malos tragos...

-¡Qué pérdida de tiempo! –subrayó Rafael, en tono comprensivo- ¡Y qué trastorno inútil durante meses! No te extrañe que la gente enferme por causas donde estén en juego asuntos más trascendentes, al fin y al cabo...

-Al menos se hizo justicia –sentenciaba Fermín.

-¡Claro, claro, en eso consiste la Justicia! ¡La Justicia no tiene otra cosa mejor a la que dedicarse o que arreglar! –Domingo se entregaba de nuevo a uno de sus discursos, tan temibles como previsibles- Esto sólo ocurre en este país.

-...Un país de contradicciones –Cundi parecía justificar-. Después de todo, la libertad es eso, permitir que convivan los opuestos en paz, que las opciones distintas no choquen entre sí. Para hombres de letras como nosotros, no resulta tan imposible admitir la paradoja.

Las palabras de Cundi respondían a un trasfondo que sólo ellos conocían, porque había sido motivo de enconado debate en otras tardes de tertulia. Se trataba de un viejo tema, encasquillado, más que tabú, que los demás trataban de evitar, pero que Cundi había osado destapar con un riesgo no descartable. Todos sabían por qué lo decía, no era la primera vez que el guardia civil poeta echaba en cara a Domingo la desconfianza que despertaban sus coherentes criterios, más acordes con una doble moral, ya que Domingo esgrimía modos y argumentos conservadores y, sin embargo, se permitía estar afiliado a un sindicato de izquierdas.

El resto de contertulios esperaba con expectación la sucesión de los acontecimientos.

-A propósito de... -Fermín hizo un intento de eludir el peligroso rumbo que podía tomar la situación, pero el guardia civil le interrumpió, evitándolo.

-No me negarás que eso no es contradictorio del todo –había retado Cundi, resucitando la antigua discusión.

-...No me negarás que eso sólo pasa aquí –le contestó Domingo.

Eliseo medió oportuno, rompiendo el hielo, a la vista de un desenlace no deseado:

-Sí, el mismo país donde además tú y tú sois amigos.

-Y el mismo que permite que la literatura nos una –Rafael también celebró la intervención.

No era momento para distanciamientos y cualquiera podía comprender que para Domingo el trabajo era todo, por lo que se entendía que asegurarse la asistencia de un abogado fuera una medida preventiva para su seguridad, ya que no era la primera vez que le despedían con malas artes del trabajo. La diferencia de un despido a estas alturas radicaba en el grado de fragilidad, no sólo por la escasez de nuevas oportunidades para alguien entrado en los cincuenta, sino también porque afrontar el futuro significaba precariedad y renuncia a una calidad de la que hasta ese momento se había disfrutado y que ya nunca volvería. El tiempo entonces adquiría una dimensión nueva, de urgencia, que había de ser bien digerida, en la consciencia cierta de que se agotaban las soluciones. Por ello ahora Eliseo le sentía cercano y disculpaba que, para contar con la atención de un abogado laboralista, hubiera que alistarse a las filas de un sindicato. Al fin y al cabo no competía al ciudadano la responsabilidad de que los sindicatos obreros no fueran independientes en su país; no dejaba de ser un legado histórico heredado, además de un auténtico error de justicia o de práctica legal, más que de política. En este sentido, Domingo cubría así su protección laboral, aunque sus ideas a la hora de gobernar perteneciesen propiamente al campo conservador. En más de una ocasión le habían escuchado afirmar que no existía otro modo de gobierno que para conservar, para mantener lo conseguido, lo demás significaba experimento y conducía a un retroceso; la experiencia le había enseñado que la izquierda realizaba una inmejorable labor en la oposición, planteando posibles avances sociales, necesarios. Sin embargo, cuando les tocaba gobernar demostraban una completa ineptitud para llevarlos adelante o para sostener los existentes, a la que añadían un reguero de corrupción deleznable. Domingo hablaba con la voz de la cultura, más que desde la política; manifestaba su respeto al socialismo como filosofía, único reducto al que quedaba reducido, según él, pues en la práctica todos los gobiernos socialistas o comunistas habían constituido un total fracaso. Eliseo se reconocía en la postura abierta de su amigo, no le gustaba etiquetarse o ser etiquetado; incluso el propio Domingo le había confesado lo engorroso que para él suponía el hecho de haber tenido que afiliarse y engrosar las filas de un bando, pero tuvo que tomar partido por las prioridades que le atañían de cerca. Era mucho más partidario de la libertad que nadie y aquella pertenencia obraba más como una penitencia y condena, que como convencimiento ideológico;

no dejaba de ser la utilización de unos servicios, que asumía como un precio a pagar por ser libre, es decir, defender su medio de vida, el trabajo del que dependía. Tal vez para Cundi resultaba más fácil juzgar, amparado tras su salario fijo de funcionario. Pero lo que para Cundi representaba una traición, para Domingo suponía una maniobra indispensable en la defensa de su trabajo, en definitiva, una consecuencia de la adaptación a las circunstancias reales.

El capote de Eliseo sirvió para cambiar de tema y de protagonistas. No era la primera vez que literatura y política se entremezclaban y, de nuevo, salió a la palestra el debate entre escritores involucrados en intereses distintos a los meramente literarios.

-A mí, personalmente, basta que un autor adquiriera compromisos o pretensiones políticas para que deje de atraerme –dijo Fermín-. Creo que ya lo dije otras veces.

-No favorece al escritor este tipo de definiciones –apoyó Rafael-. Se pierde esa perspectiva neutra, desde la que ese observador de la realidad, que es el escritor, abandona su papel de testigo creativo, para convertirse en parcial, no fiable.

Eliseo se apuntó a la exposición de impresiones:

-Claro, que depende del escritor que estemos tratando. Estoy de acuerdo en el caso de un literato.

-...Es que alguien que escriba sobre autoayuda o publique tratados científicos o jurídicos no es del que hablamos –Domingo matizaba, entregado a la disgresión-. Escribe, desde luego, pero no comprometido en un sentido artístico.

-He ahí el quid –apuntilló Cundi-, porque el arte siempre es subjetivo.

Sin embargo fue la intervención de Fermín la que consiguió suavizar asperezas y reconducir la situación, llevando la conversación por derroteros sino literarios, al menos, sin riesgo de polemizar en complicadas controversias. Nadie se opuso a su alegato en pro de la creatividad que, partiendo precisamente de lo subjetivo, daba sentido al arte y posibilitaba que la imaginación adquiriese rango superior a la mera fantasía, entendida como divertimento sin un fin. Fermín aprovechó para revelar al resto de contertulios la intrincada trama de la novela que estaba escribiendo y que defendió en un alarde de malabarismo, que permitía compaginar varios hechos, en apariencia dispares. Fermín explicó la raíz de donde su obra partía, un caso concreto de rencillas vecinales, pero en definitiva un ejemplo de envidia entre seres humanos; de lo personal hacia lo universal. Gracias a la literatura cualquier bajeza humana podía ser transformada en virtud o lección o, en cualquier caso, en un relato o

escrito creativo, es decir, literario. Desplegó una serie de cuartillas dobladas, que sacó del bolsillo de su chaqueta y leyó el último de los capítulos sobre el que había trabajado; antes les advirtió sobre algunas imprecisiones o dudas en el momento de la lectura, para que no lo tuvieran en cuenta pues faltaba el arreglo final, previo al definitivo traslado al ordenador.

Eliseo escuchaba el relato de su amigo, perdido en su propia abstracción. Le parecía tan fácil teorizar sobre la materia y tan difícil aproximarse al verdadero hecho de escribir en sí. Además, lo que importaba en definitiva era ponerse a escribir y escribir; todo se reducía a eso, todo menos fácil. Se dejó envolver por las voces de sus amigos, por aquel murmullo creciente que intercambiaba impresiones, que sugería temas, ideas, opiniones o maneras de percibir, mundos posibles o sueños ocultos, a los que en cierto sentido también él pertenecía. Sí, aquellas tardes de reunión eran un privilegio, tan necesarias como las otras, cuando a solas, se enfrentaba al desafío del papel en blanco.

En aquellas tardes solitarias que se precipitaban al crepúsculo, el silencio parecía repetir los ecos de voces insondables. Era como si los dioses se hubieran ido a dormir y le hubieran dejado solo, construyendo esta locura, para comprobar hasta dónde podría llegar o lo que sería capaz de hacer. Tal vez en eso consistía su misión, en medio de tal desatino: en descubrir, además, que estaba soñando... Sumido en medio de aquel naufragio encontraba escribiendo el único asidero al que aferrarse, el remedio salvador, nadar, braccar, escribir, intentar alcanzar la costa, el rumbo correcto que le devolviera al horizonte de la vida... Escribir. Encendía el ordenador y tecleaba, aunque no desdeñaba el soporte más primitivo y original y, en tales ocasiones, prefería el toque artesano del tacto con el papel. Empuñaba entonces el bolígrafo, tras un breve repiqueteo sobre el papel, y retomaba el hilo como quien recupera el rastro de la pieza huída.

Capítulo XIII

MANOS A LA OBRA

Sólo cuando contemplaba el montón de carpetas que guardaban sus páginas escritas dejaba de parecerle baldía la sensación de que estaba sin trabajo; sólo entonces derrotaba la sombra fatua del monstruo de la inutilidad. Le enorgullecía la labor realizada; podían prescindir de sus servicios, ni agradecerse los, hasta estafarle, pero aquel era un trabajo real; sus escritos le decían que no había trabajado en vano para otros, que había merecido la pena. Ni siquiera Eliseo era capaz de explicar en lo que consistía, pero le gustaba sentirse escritor; aunque sólo pudiera constatarlo de verdad mientras escribía, o también después, cuando soltaba el bolígrafo o cerraba el portátil y le acompañaba esa sensación. Ya no podía vivir sin escribir, lo necesitaba. No encontraba nada comparable a la satisfacción de leer una historia creada de la pura ficción, esa tierra mágica donde invención y expresión se armonizaban. Nada fácil en apariencia; antes había tenido lugar todo un proceso de exploración, sueño, trabajo y concentración que había requerido de todos y cada uno de los sentidos. Las palabras se transformaban en una trampa en cuanto pretendía explicar esto, porque en definitiva disfrutaba de la magia del viaje mientras duraba éste, incluidos los preparativos y el recuento final. Este proceso de creación nunca era igual ni sucedía de la misma forma, aunque el resultado siempre fuera la obra escrita. A veces una idea le rondaba durante semanas o meses antes de tomar forma escrita. Eliseo lo asociaba a una presencia con la que había de familiarizarse hasta el punto de ser capaz de modelarla, de darla forma. Necesitaba ver la historia, el relato, la novela o el poema, antes de ponerse a escribir, aunque no siempre era esta la norma. En realidad, para captar la idea, habría que partir del origen de que no existían normas, ni métodos, ni fórmulas mágicas. Las primeras y elementales herramientas que un escritor necesitaba eran libertad, espacio y soledad, eso sí, a mares, en cantidades industriales. Las páginas que nacieron de escribir por el puro placer de escribir, además de servirle de ayuda para aprender a desarrollar y mejorar una técnica, al mismo tiempo que para divertirse, también habían logrado sorprenderle. El escritor sabía que resucitar la capacidad de asombro era requisito imprescindible y siempre le iba a la zaga

Utilizaba la sorpresa como un modo de impactar al lector. También él era, ante todo, lector. Después de los múltiples quehaceres diarios, cuando cogía un libro para leer, con el tiempo contado en ocasiones, deseaba aprovecharlo y que eso que leía mereciera el tiempo dedicado. Como lector, se quedaba con el recuerdo de aquella lectura que le sorprendía, ya sea por lo inesperado o por lo curioso del final o del punto de vista enfocado. A veces sucedía en los últimos renglones o en el párrafo final donde la historia se desvelaba, después de haber jugado con la atención del lector. No se trataba de engaño, sino de un guiño cómplice para llevarle por el terreno que, como escritor y creador de la historia, sólo él conocía y así, en un inesperado giro final, hacer que todas las piezas siguieran encajando, a pesar del cambio, conformando el auténtico y revelador sentido del texto.

Para Eliseo escribir era placer, trabajo y diversión a la vez, sacrificio y disfrute, terapia y satisfacción, por eso se había convertido ya en necesidad; sufría si no escribía. Le gustaba contar algo, tenía que contar algo en sus historias. Era ese mensaje el que unas veces arrancaba el motor de la inspiración para escribir la historia; otras, eran los detalles los que convertían el texto en una lectura descriptiva que se disfrutaba por el mero placer de leer.

El narrador no debía tomar parte en la historia ni mucho menos moralizar, juzgar o plantear ideologías. El narrador contaba los hechos o explicaba las situaciones desde un anonimato neutro, a medio camino entre lo cercano y lo distante. Había que dejar que fuera el lector quien descubriera la historia, aunque previamente le había llevado, paso a paso, hasta la evidente salida, única e inevitable. Sugerir antes que mostrar.

Escribir ayudaba a ordenar las ideas, a comprender los entresijos de los pensamientos y las relaciones entre los personajes, a crear y resolver situaciones.

Al escribir le importaba la historia que contar y, sobre todo, cómo contarla. El argumento era la primera capa externa que englobaba el conjunto. Luego, lo importante consistía en organizar: crear capítulos, escenas, capas interrelacionadas que obedecían al hilo argumental principal. No perderse, ni dejar que el lector se extraviara, a no ser premeditadamente, de acuerdo a algún intencionado final.

Tensión, equilibrio, conflictos que aceleraban el ritmo, pausas, cambios, lentitud necesaria aclaratoria a la espera de la siguiente crisis, esclarecedora... El escritor era una suerte de prestidigitador que esgrimía su arte con la intriga, el misterio, la sorpresa, sorprendiéndose a sí mismo. Y Eliseo era ese hechizado ilusionista, el escritor.

Las historias que escribía, sin la complejidad de seguir una trama extensa, le permitían encontrarse a solas consigo mismo y soñar, descubrir la belleza desde la sencillez, compartir sensibilidades. En definitiva, pequeños o grandes oasis -según el ángulo de vista a considerar- dentro de la ajetreada vorágine cotidiana de deberes y obligaciones que, en su exacerbado egoísmo, descartaba de antemano los paraísos y le condenaba al más injusto de los ostracismos.

Antes, era el ajetreo de los quehaceres cotidianos lo que le esclavizaba el tiempo; ahora, que estaba liberado del trabajo por causa de fuerza mayor, no podía evitar otro tipo de saturación, una presión distinta, que le atenazaba con preocupaciones de futuro, a la vez que le inquietaba con la incertidumbre del día a día. Por ello al escribir ponía tanto cuidado como al elegir una lectura dentro de la vorágine de cada día; buscaba algo especial que, ni demasiado profundo o serio, le permitiera asombrarse por un momento y rescatar la magia que aún quedaba en él; algo que le recordaba que el mundo ni era esa vorágine ni esa rutina, que podía ser de otra forma, también divertida y, sobre todo, que tenía sentido. Y el mero hecho de que algo lograra conmoverle o asombrarle bastaba para provocar esa sacudida que hacía recuperar la ilusión, la posibilidad de soñar y de que otras realidades convivían a su lado. En definitiva, se trataba de recuperar el lado mágico del mundo cotidiano, porque necesitaba soñar. Estas lecturas le recordaban que los sueños le circundaban, a pesar de la indiferencia y los agobios comunes al resto de los mortales; que también, al igual que a él, los demás, lectores en este caso, podían entender la realidad desde otra perspectiva, volver a sentir, a valorar la sensibilidad que se ahogaba en la rutina. Y acaso, el mero hecho de encontrarse a solas en un escenario tranquilo con una lectura, combinando palabras para ensayar una frase, ¿no era en sí un buen proyecto...? La posibilidad de volver a creer con ilusión en la magia de la existencia, ¿no merecía la pena el intento...? Escapar brevemente de la tiranía de las fronteras, de las obligadas obligaciones, que le mantenían cautivo, anestesiado, insensible, sin necesidad de abonarse a un gimnasio o a una academia, sin cuotas ni horarios, ¿no dejaba de ser un milagro que todos, tarde o temprano, en diferentes tramos del camino, iban olvidando...? Con tan sólo un libro entre las manos, con un bolígrafo y un papel, era capaz de crear y recrearse. Esa era la maravilla y, sí, era posible. Eso es lo que contaban aquellas lecturas.

A veces, cuando tenía acabada una de sus historias, se la daba a leer a Inma; le importaba su opinión, además la obra debía ser conocida.

-Somos lo que nos pasa -le dijo a Inma en una ocasión.

Eliseo tenía la certeza de que, de una manera muy real, era lo que le rodeaba y, sobre todo, el modo de sentirlo. De ahí que prestase tanta importancia a la forma de escribirlo. Tratar de expresarlo le ayudaba a conocerse, a conocer; cada vez que se ponía a escribir desentrañaba la materia que le ocupaba, representaba una cita con su yo íntimo, un encuentro consigo mismo. Cuando era capaz de tener la mesa o la cabeza ordenada entonces podía sentirse, dedicarse a otras personas o situaciones, aprender de ello y extraer su propia lección. Esa era la clave, el quid de la experiencia, algo muy personal, pero que se podía compartir, expresar.

La realidad cotidiana le aportaba los mejores temas; él era la prueba.

Capítulo XIV

UNA FELIZ IDEA

Cuando pasó la última página del manuscrito que su marido había venido escribiendo tras su despido, a Inma le quedó esa sensación definitiva que ya antes había ido experimentando durante su lectura, aunque ahora de forma más madura y rotunda. Por eso al leer el anuncio de aquel certamen literario en el suplemento del diario local le intrigó la idea de que la obra escrita por su marido mereciese al menos contarse entre los participantes. Ella no era ninguna experta en la materia, pero sin duda alguna aquello estaba bien escrito. Le pareció que aquellas páginas, la historia que encerraban y el modo en que estaba contada por Eliseo bien podía transformarse en un libro de los que reposaban en las estanterías de cualquier librería o biblioteca; además toda aquella sesión de tardes concentradas en el seguimiento de la historia le habían distraído, atraído y, al final, no le había defraudado. No había academicismo, ni complicados ejercicios malabares; desde la sencillez, pero con honesta profundidad, las emociones flotaban, se expresaban, invitando a ser descubiertas, a aprender sobre ellas; aparecían entretejidas en la trama de una situación, en apariencia fortuita, pero donde el lector terminaba por descubrir que obedecía a un sentido, a un por qué, muy ligado a ese mismo por qué de la lectura.

Ella era ese tipo de lectora que regresaba de su jornada de trabajo y que, una vez atendidos los deberes domésticos, o mientras tanto, buscaba ese rato personal que dedicar a algo que le distrajera o relajase; leer le gustaba. Pero no leer textos complicados ni obras largas que dificultaban seguir el hilo conductor durante mucho tiempo. Al final siempre se quedaba con el recuerdo de esa lectura que le había impactado por alguna circunstancia especial, aunque tan sólo fuese por ese momento brindado de intimidad consigo misma y que, con toda propiedad, se podía permitir llamar suyo.

No en vano el esfuerzo y dedicación que Eliseo había invertido en realizarlo merecía un tratamiento especial; no sólo le había servido de cura para sustituir la angustia inicial, recién despedido, sino también para, posteriormente, superarlo y dar nuevo rumbo a su desazón. Sí, había

estado bastante ocupado a cuenta de aquel trabajo. A Inma se le vino a la mente el recuerdo de su amiga Melba, que trabajaba de administrativa en el diario local y probablemente sabría valorarlo o, al menos, asesorarla. Recogió el manuscrito del rincón de la mesa al que Eliseo le había recluso, semiabandonado, y lo guardó a buen recaudo; no lo echaría en falta, pues hacía varias semanas que no había a vuelto a escribir en él, enfrascado ahora en otra historia recién iniciada. Así que esa mañana Inma aprovechó la salida a la compra para realizar una copia del original que, después conservó como un preciado tesoro, para mostrárselo a su amiga en la primera ocasión que se presentase y que ella misma se aprestó a provocar.

Inma supo que su idea iba por buen camino porque no tuvo dificultad en contactar con su amiga Melba, que no disimuló su alegría al reconocerla, cuando la llamó por teléfono esa misma semana; una inmejorable señal, sin duda. Quedaron para tomar un café y fue el momento que Inma aprovechó para enseñarle la copia del manuscrito de Eliseo; enseguida le puso a Melba en antecedentes de sus intenciones. Sacó del bolso el recorte del premio de narrativa que se convocaba para ese verano y luego sugirió que tal vez ella podría entregar el trabajo a alguien del diario para intentar presentarlo...

-¿...Porque tú conocerás ahí a alguna persona capaz de hacerlo, no, Melba?

Su amiga comprendió el plan, aunque matizó algunas dudas:

-Sí, puedo preguntar por alguien que se encargue de tramitarlo - reflexionó en voz alta-. Aunque trae, tal vez en el taller editorial puedan ayudarnos...

Volvieron a citarse a la siguiente semana y, esta vez fue Melba quien le puso al corriente sobre la marcha del proyecto que Inma había iniciado. Melba lo había entregado al jefe de edición en el taller del periódico, lo habían leído y se iban a encargar de arreglarlo para, sin modificar el contenido, salvo algún ajuste tipográfico, poderlo presentar al certamen.

-Ha habido suerte, niña, al menos podrá participar. Vas a darle una buena sorpresa...

-No -atajó Inma-, no quiero que sepa nada antes del certamen, ¿entiendes? Cuando pase el plazo de presentación y se conozcan los resultados, entonces, descartado del premio, lo editaré en papel para regalárselo. Pero ha de ser una pequeña tirada, de pocos ejemplares, porque no puedo permitirme un desembolso grande...

-Será una buena sorpresa en todo caso, Inma. Me alegra haber ayudado.

-No sabes cómo te lo agradezco, Melba -se sinceraba Inma-. De verdad, significa mucho, sobre todo para Eliseo, que se ha volcado por entero en estas páginas durante toda esta mala racha.

Continuaron la velada intercambiando noticias de compañeras y amigas comunes del tiempo que compartieron en el trabajo como azafatas de congresos. Cuando la agencia turística en que trabajaban cerró, tras veintidós años de continuado empleo, Melba no tardó en prodigarse un nuevo empleo. Sin embargo, Inma consideró que unos meses sin trabajar no vendrían nada mal para dedicárselos a su hijo pequeño, recuperar el sabor de ir de compras por la mañana, pasear por las tardes o simplemente descansar, no planificar ni hacer nada. Pero había pasado el tiempo y no echaba en falta distraerse con ocupación o trabajo alguno, aunque la reciente situación sufrida por Eliseo la estaba obligando a reflexionar sobre la prudente conveniencia de disponer de más de un sueldo, en previsión de futuras complicaciones.

Melba se comprometió en informar y avisar sobre cualquier novedad al respecto y, al despedirse, no se contuvo:

-Tu marido no sabe la suerte que tiene, de verdad, Inma. Me alegro mucho.

-...Se lo merece, Melba, créeme.

-No me cabe duda: Ya tiene su premio ganado.

-¡Y vaya regalo!

Ambas sonrieron con complicidad, mientras se despedían con un par de besos. Inma se felicitó de contar con la compañía de una amiga, también aquello representaba un premio. Sí, en ciertos momentos, había que felicitarse; había que regalarse unas palmadas amigas, una dosis de ilusión, una feliz idea o inventarse un premio si fuera preciso...

Inma apresuró el paso, la reunión con su amiga la había hecho llegar con retraso a la cita con Eliseo, que aguardaba a la entrada de la guardería. Recogieron al pequeño Andrés y, pospusieron el paseo a la orilla del río, para regresar los tres juntos, sin prisa, por la alameda, camino a casa.

-Adivina a quien me encontré esta tarde por el centro -le preguntó Eliseo, por sorpresa.

Inma disimulaba su curiosidad, pero Eliseo se adelantó en contestar:

-Me crucé con Josu -Eliseo se recreaba en detalles-, no se le ocurre más que saludarme con un "¡Hombre, don Eliseo!, ¿qué es de tu vida?"...

-¿Qué le contestaste...?

-Se quedó clavado en el sitio cuando, sin dirigirle ni una mirada, pasé delante de sus narices, sin detenerme.

Inma sonrió con complicidad.
-Es increíble lo que algunos son capaces de...
-...Además de malos, algunos son tontos -concluyó tajante Eliseo.
Ambos sonrieron, sin necesidad de más comentarios.

Capítulo XV

LA DEFINITIVA

...Ambos habían tenido mal día: el gerente había dormido molesto y Josu siempre dormía mal. Al gerente le duró poco la convalecencia tras su último altercado; aunque no estaba del todo recuperado de las lesiones, estas no le impedían desempeñar su cometido. Así que tuvo que adelantar su incorporación al trabajo antes de lo previsto, ya que exigencias de la reciente fusión imponían aplicar con urgencia sus medidas drásticas. Así se lo comunicó esa misma mañana, a primera hora, la llamada telefónica que recibió de la directora general, quien le instaba a no volver a cometer fallos como el ocurrido con Eliseo, quien había conseguido esquivar sus trampas y les había llevado ante el juez, saliendo además victorioso; no era el tipo de publicidad que necesitaban precisamente. El otro caso, el del empleado que le agredió tuvo mejor solución, ya que logró hacerle salir de sus casillas, con lo que el despido resultó justificado y procedente. Albergaba la esperanza de que con Josu Carranzo tomaría nota de los errores y se preocuparía por enmendarlos. El hueso era duro de roer sin duda para el gerente, que resopló hastiado por lo engorroso de la empresa que acometer cuando colgó el auricular.

Había meditado con antelación cada detalle y acción que emprender antes de dar un paso en falso, no podía utilizar los mismos métodos que en ocasiones anteriores, se imponía un cambio, algo nuevo, no sería mala idea llevar una grabadora de bolsillo con la que al menos obtener información o datos que emplear en su contra en un momento dado. Guardaría la grabadora en la gabardina, que descansaría en el asiento trasero del coche, mientras quedaba grabada la conversación que ellos mantendrían sentados delante, la que a él le interesaba, le llevaría así por sus propios derroteros; luego podría echar mano a la parte de lo conversado que viniera mejor al caso, sí, no era tan descabellado, nunca lo imaginaría. Pero antes se iba a asegurar. El gerente hizo la prueba. Colocó la gabardina en el asiento de atrás y habló en voz alta para comprobar la calidad de la grabación; se dio cuenta de que se escuchaba con más claridad si la grabadora quedaba escondida entre la gabardina, en vez de ocultarla dentro de un bolsillo, como había ideado en un

principio. Cuando lo tuvo todo decidido salió del hotel y llamó a Josu desde el manos libres, para citarlo. Después de trabajar durante la mañana comerían, irían en su coche y sería el momento adecuado para obtener la conversación que le comprometiera.

Josu Carranzo no tenía motivos para sentirse preocupado, vivía un temporada libre de obstáculos, una vez que se había ido desembarazando de sus compañeros más cercanos; era mejor aliarse con el poder para eliminar al enemigo que estar en el centro de la diana, toda su estrategia había estado destinada a este fin, a que se fijaran en otros antes que en él, como el problema que liquidar. Su ofrecimiento en este sentido no podía considerarse generoso, pero había sido oportuno, hábil y efectivo. De todo ello habló con su gerente cuando se dirigían en coche, camino del restaurante. El gerente había insistido en acercarse hasta allí en su vehículo y él se dejó llevar. La jornada se prometía distraída, después de haber trabajado media mañana, se alargaría la sobremesa y la tarde pasaría sin mayor obligación. Josu, animado, repasaba detalles de gestiones ya pasadas, cuando a Eliseo le acusaron de no asistir a una reunión de la que nunca se le avisó o, incluso, poniendo palabras o insultos en boca de Eliseo que nunca realizó, pero que a Josu le servían para reforzar la justificación de sus ataques. Como si el mal se atajase con mayor mal.

El gerente escuchaba, trataba de analizar qué tipo de información podría comprometerle y cuál desechar, de poco le ayudaban aquellas fanfarronerías en las que mencionaba las trampas empleadas y donde le mostraba a él como parte implicada; necesitaba algo más específico, algo de lo que sólo fuera culpable nadie más que él, sólo Josu... Una fila de vehículos aguardaba que finalizaran el asfaltado del carril por el que conducían, lo que les obligó a detener el coche; tras una espera que se anunciaba larga optaron por tomar una desviación lateral que atravesaba una enorme zona ajardinada donde apenas existía tráfico. El gerente paró en un puente y descendió del coche con ganas de orinar...

...Ahora vengo.

Josu aguardó sentado, sosteniendo entre las rodillas la agenda de trabajo. Decidió descansar del peso y posar la agenda en el asiento trasero, pero al lanzarla chocó contra la gabardina del gerente que estaba colocada en el centro del asiento, emitiendo un ruido seco y compacto, metálico. Josu quiso recolocar la gabardina y entonces descubrió el pequeño aparato que funcionaba y estaba grabando. Josu era certero, más que rápido, para comprender todo tipo de ardidés y aquel cantaba, sí, sonaba por sí solo. No lo dudó cuando agarró la gabardina y salió veloz del coche. El gerente aún seguía orinando en el río, por encima de la

barandilla del puente. Se sorprendió cuando se topó con la brusca presencia de Josu justo a su espalda. No le dio tiempo ni a preguntar...

-...¿Qué...?

-Así que esto pretendías, ¿eh?... –Josu sostenía la gabardina en la mano y, con un fuerte impulso, la lanzó a la corriente de agua que bajaba caudalosa tras las recientes inundaciones.

El gesto del gerente por intentar alcanzarla al vuelo fue inútil. La gabardina desapareció nada más tocar el agua y con ella el oculto tesoro que el astuto Josu parecía haber adivinado. Con medio cuerpo colgado sobre la baranda del puente el gerente maldijo la provocación, pero apenas tuvo tiempo de girarse hacia Josu que, con su navaja multiusos en la mano, le asaeteó una y otra vez en la espalda y en el cuello, ciego de ira. La americana se tiñó enseguida de sangre; el abrazo de Josu le atenazaba, mortal. Con un violento empujón de su muslo, Josu lanzó al gerente por encima de la baranda del puente y contempló cómo el cuerpo se hundía en los remolinos burbujeantes...

-¡Lo tenías merecido!

Josu Carranzo desapareció del lugar raudo, blandiendo una mueca efímera, con la satisfacción del justiciero dibujada en el rostro.

Capítulo XVI

TARDES DE TERTULIA

Otro de los tesoros recuperados fue la tertulia; Eliseo disponía del tiempo preciso para asistir puntual a la cita de cada lunes. Incluso habría deseado que se reunieran con mayor asiduidad, pero se conformó con aquella inmensa oportunidad que ahora, en la soledad de las horas bajas, le ofrecía todos los beneficios.

Rafael atendía la explicación de Eliseo, que se prodigaba en desmenuzar detalles de las entrevistas de trabajo que consideraba reveladores.

-Está fea la cosa –Rafael movía la cabeza de uno a otro lado, en gesto negativo-, aunque no creo que tú tengas problemas para encontrar otro trabajo. Tienes experiencia y valía.

-Créeme que están muy obsesionados con la edad, Rafa, ni que estuviera uno ya sentenciado –se lamentaba Eliseo.

Fermín y Cundi llegaron al mismo tiempo, se encontraron a la entrada de El Diluvio. Saludaron, sentándose junto a Rafael y Eliseo. Fermín les explicó que no esperasen a Domingo, que no vendría.

-...¿Y eso?

-Está de baja, de reposo obligado. Todo por una tontería...

-Cuenta, chico, venga –aleccionó Eliseo, un tanto inquieto-, ¿qué pasó?

Fermín pidió una infusión de té y carraspeó antes de contarles cómo el fin de semana anterior salieron con sus respectivas mujeres, a tomar el aperitivo; los cuatro eran amigos desde los tiempos inmemoriales de noviazgo y seguían cultivando su buena relación. Habían estado tomando unos vinos por la zona del casco viejo y, ya dispuestos a retirarse cada cual a su casa, Fermín insistió para que subieran a su vehículo, quería acercarlos hasta casa para ahorrarles la caminata. Domingo replicó que regresarían andando, que para eso había dejado el coche aparcado, que necesitaba caminar, obligarse a andar algo más.

-Hasta los matasanos lo recomiendan -había bromeado con Fermín, que no cejó en su empeño y volvió a insistir invitándoles a montar mientras ponía el motor en marcha.

La mujer de Domingo accedió y entró al asiento posterior, mientras la mujer de Fermín se acomodaba en el delantero, de copiloto. Domingo iba a entrar cuando Fermín arrancó el vehículo; no se había sentado aún, por lo que no tuvo tiempo de subir el otro pie, el derecho, y la rueda del coche se lo atrapó. Fue un chillido descomunal el que Domingo lanzó, con la suerte de que Fermín frenó en seco. No obstante le molestaba el pie, no podía pisar con normalidad y, según le contó después, se pasó el resto de la tarde en el sofá de casa, sin salir ni moverse siquiera.

Fermín fue a visitarle a casa nada más enterarse; ejerció su especialidad de traumatólogo y le exploró el pie que en apariencia no estaba dañado; le indicó realizar unos ligeros movimientos para comprobar la flexibilidad del tendón de Aquiles y respiró con alivio cuando Domingo lo hacía sin dolor. Domingo, a su vez, trató de quitar hierro al asunto, no quería incomodar a su amigo con ningún tipo de culpabilidades, aunque lamentaba no poder hacer vida normal. Así y todo, al día siguiente, Domingo se acercó hasta las urgencias del hospital; le hicieron unas placas radiográficas y el traumatólogo de guardia le conminó a respetar un prolongado reposo.

-He hablado con él antes de venir –aclaraba Fermín dejando escapar un cierto tono de desaliento-, se encuentra bien, aunque sólo se mueve para renovar cada seis horas la férula de una arcilla verde que se aplica sobre la zona lastimada.

Tanto Eliseo como Rafa no acertaban a articular palabra; habían escuchado sin salir de su asombro el incidente de Fermín y Domingo y, algo más repuestos, aguardaban la continuación de los hechos. Rafael se atrevió a comentar...

-Eres un poco lanzado al volante, chico...

-No sé qué mosca me picó –Fermín trataba de disculparse-, pero cuando mi mujer cerró la portezuela del coche me hice la idea de que ya estábamos todos dentro.

-Bueno, a cualquiera le puede pasar –Eliseo terciaba-. Tendremos a Domingo por aquí en unas semanas.

Aquella misma tarde Eliseo se decidió a hacerle una visita a su amigo Domingo, pensó que a los convalecientes siempre les agradaba el regalo de la compañía. Domingo tardó en abrir la puerta. Eliseo comprendió que la imposibilidad de valerse por sí mismo y caminar a la pata coja era, además de una incomodidad, un problema que podía generar más problemas aún... Domingo estaba deprimido, Eliseo se lo notó en el habla cansino, en su aspecto descuidado, el desorden de la sala...

-Disculpa, pero no esperaba a nadie –intentaba excusarse-. Acércate a la cocina y trae unos vasos, hay cervezas en la nevera y, si quieres comer algo, encontrarás unas pastas en el primer altillo, sobre el microondas...

En la cocina la radio no había dejado de sonar desde que entró.

-Quita la radio si te molesta –le gritó Domingo.

-¡No, no importa!

Eliseo obedeció y enseguida dispuso todo sobre la mesa del salón, pero dejó el fondo musical que favorecía al ambiente apropiado para la charla distendida.

-Ya me contó Fermín el accidente –Eliseo inició la conversación, directo.

-Sí, una tontería.

Domingo y Eliseo habían compartido muchas tardes en “El Diluvio” y, fuera de las tertulias, les unía esa inquietud de carácter literario que les enorgullecía y que Eliseo no estaba dispuesto a traicionar. Domingo dejó de dar vueltas a su situación, sintió un alivio tranquilizador cuando el propio Eliseo le mostró el motivo subyacente que se escondía tras su visita...

-Te he traído el escrito sobre el último tema que se propuso en el bar, Domingo, ¿te acuerdas? Sobre la estafa, sí, pensé que te gustaría leerlo.

-Ah, sí, sobre eso –Domingo disimuló con una mezcla en el gesto de alivio y desagrado.

-Con todo el jaleo del juicio y tantas entrevistas se me olvidó llevarlo a la tertulia la última vez.

Domingo conocía la delicada situación laboral por la que Eliseo atravesaba e intentó congraciarse, solidario.

-Te saldrá algo, Eliseo, todavía tienes que dar mucha guerra. Ya me dirás sino quién va a pagar mi jubilación –bromeaba-. Mira, estamos en año santo, yo no puedo dar un paso, pero tú tienes que ganarte el jubileo.

Eliseo quedó pensativo, un rayo de luz había pasado fugazmente ante sus ojos y el brillo le encendió un ascua interior, hasta entonces apagado.

-Venga, no ibas a leerme algo –recordó Domingo, tratando de cambiar de tercio.

Eliseo desplegó las hojas de su relato y carraspeó la garganta, antes de leerlo en voz alta:

...Las verjas de los comercios abrieron con ruidoso estrépito sus oscuras fauces, al acecho, ávidas por devorar a las primeras víctimas que se adentraran en la gélida mañana de aquel maldito lunes...

Domingo escuchó atento y no expresó su opinión hasta el final.

-Me ha gustado el aire irreal, de ciencia ficción, que le has imprimido. Sí, a veces la realidad es más increíble.

-No cabe duda de que observar la realidad desde otros ángulos ayuda a comprenderla, incluso nos enriquece con posibilidades insospechadas.

-Sí, es bueno mirar el mundo de varios modos. Hacerlo de una sola manera trae problemas –corroboró Domingo-. Creo que el escritor es un privilegiado, un artista cuando consigue sugerir esto.

-...Un privilegio personal, Domingo, con eso me conformo. No me resuelve la subsistencia, pero me ayuda a vivir.

Ahora la música de la radio dio paso a las noticias que inundaban de datos electorales el minúsculo oasis de calma conseguido, mientras conversaban.

-Cada día me acuerdo más de aquel poeta... –confesó Domingo, sorprendiendo de manera inesperada a Eliseo-. Es triste. Unos por otros, al final, acabarán rompiéndote el corazón...

Eliseo sabía a lo que se refería.

-¿Y?

-Tiene que ser muy duro marcharse de tu tierra y morir fuera.

-Pero no es el caso, Domingo.

-No, claro, pero puede serlo, las injusticias tienen muchos apellidos.

Eliseo asentía en su fuero interno, pero sin saber por qué, se veía impelido a no darle la razón en voz alta. En el fondo admiraba a Domingo, siempre aprendía de él. Era su mismo ejemplo con diez años más de diferencia. Domingo ya había pasado antes que él por ese trago amargo que ahora le tocaba paladear, sólo que con cincuenta y tres años el tiempo estaba contado, no quedaba lugar para juegos ni conmisericordias. De ahí su carácter crítico, en apariencia negativo, derrotista, pero completamente realista. Domingo era un hombre práctico, también comercial, como él, aunque tal vez con un sentido más agudizado. Sus éxitos comerciales no sirvieron para frenar la trampa que urdieron contra él; el último jefe que tuvo no pudo acabar con su carrera si no enmascarando su comportamiento, bajo el disfraz de no haber matado nunca una mosca. Tal vez ese modo de ser quitado de en medio aún doliera más, ya que la afrenta, al no ser directa, dejaba una herida sangrante de impotencia e inutilidad. Su jefe simplemente no hizo nada, le dio cuerda hasta dejarle caer. Pero un buen jefe nunca haría eso, no le diría a su delegado que no estaba dispuesto a salir con él a trabajar, ni que no atendiera las llamadas del director sino que le avisase cuando le preguntara por él. No, para Eliseo, un buen profesional acompañaría al delegado y apoyaría las gestiones difíciles que este le solicitara, así

conocería con quien contaba en el trabajo y su forma de resolver; sólo así podría intentar defenderlo en caso de problemas, sólo así podía descartarse a un jefe como parte protagonista de ese probable problema. El propio Domingo le contó lo que su jefe le dijo cuando le comunicó su despido:

-...Todos estamos en eso.

Y por supuesto que Domingo no estaba de acuerdo, porque para eso no hacían falta jefes, ni reuniones, ni programaciones de trabajo, ni selección de prioridades y seguimiento en las acciones. Si todo daba igual, incluso la injusticia, eso significaba que se dejaba el trabajo en manos del azar y todo quedaba reducido al engaño.

Pero, ¿por qué ocurría esto? ¿por qué actuaban de este modo las empresas? ¿por qué existían jefes así? ¿por qué había que acabar con los buenos profesionales? Esa sería una lógica pregunta, aunque lo normal sería no tener que planteársela. Según Domingo ese era el dilema de este país, del que él tanto despotricaba. Con una crisis económica declarada se permitía prescindir de gente válida, condenarla a un futuro oscuro, anulando calidades en aras de sostener un sistema caduco, diseñado para seguir estafando en la miseria, como si ese fuera el objetivo, para que la historia se siguiera repitiendo de ahí a la eternidad; así era cómo se entendía la seguridad, sí, conformarse, contentarse con poco, porque más valía lo malo conocido... Pero, ¿caso no resultaba una solución triste y descabellada?... Los que conocían a Domingo ya habían escuchado antes su sermón; después de intercambiar sus miradas optaban por cambiar de conversación, saltar a otro tema y tildar a su amigo, en última instancia, de ese tinte negativista que le caracterizaba, aunque no le definía. Sin embargo, para Eliseo, detrás de ese “ya sabes cómo es”, se escondía un hombre sabio, vituperado, incluso mal aprovechado. A Domingo no le faltaba razón, pero la realidad que él tan certeramente descifraba era un drama, no del todo agradable a los oídos. Un auténtico drama del que nadie, ni siquiera ellos mismos, sus amigos, estaban libres, sólo que mientras no les tocara de cerca la tragedia podían darse por contentos. Al fin y al cabo, como el resto de conciudadanos ...

Eliseo le dejó continuar con su perorata; comprendía su necesidad de explayarse, a modo de defensa. Prefería respetar su amistad, sin otra pretensión que no objetar, simplemente con estar a su lado, de su lado; no podía engañar a Domingo, era inteligente. Pero él tampoco se había equivocado, había aprendido, su amigo no le había defraudado, su visita sirvió para algo. Aquella tarde salió de casa de Domingo con un propósito recuperado, resuelto a llevarlo a cabo, sí, de alguna manera

había reencontrado el hilo para completar un camino. Sí, el bagaje de ambos se había enriquecido.

...**Continúa**

***NOTA: *Solamente es una muestra,
pero si te interesa seguir leyendo,
contacta con el autor:***

lectamargo@gmail.com

¡ GRACIAS A TI !

- *INDICE* -

En camino
Lunes de tertulia
Falsa reunión
Al borde
El premio
Desahogo
En plena tempestad
Sin calma
Casi un paraíso
Tiempo de lectura
Un juicio limpio
Página pasada
Manos a la obra
Una feliz idea
La definitiva
Tardes de tertulia
Tarde de pesca
A su manera
En marcha
Paso a paso
La etapa final
Victoria por sorpresa
Nuevos pasos
Palabras al aire
Caminos del aire

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela “CAMINOS DEL AIRE”, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.

lectamargo@gmail.com

SANTANDER
2013

© Luis Tamargo.